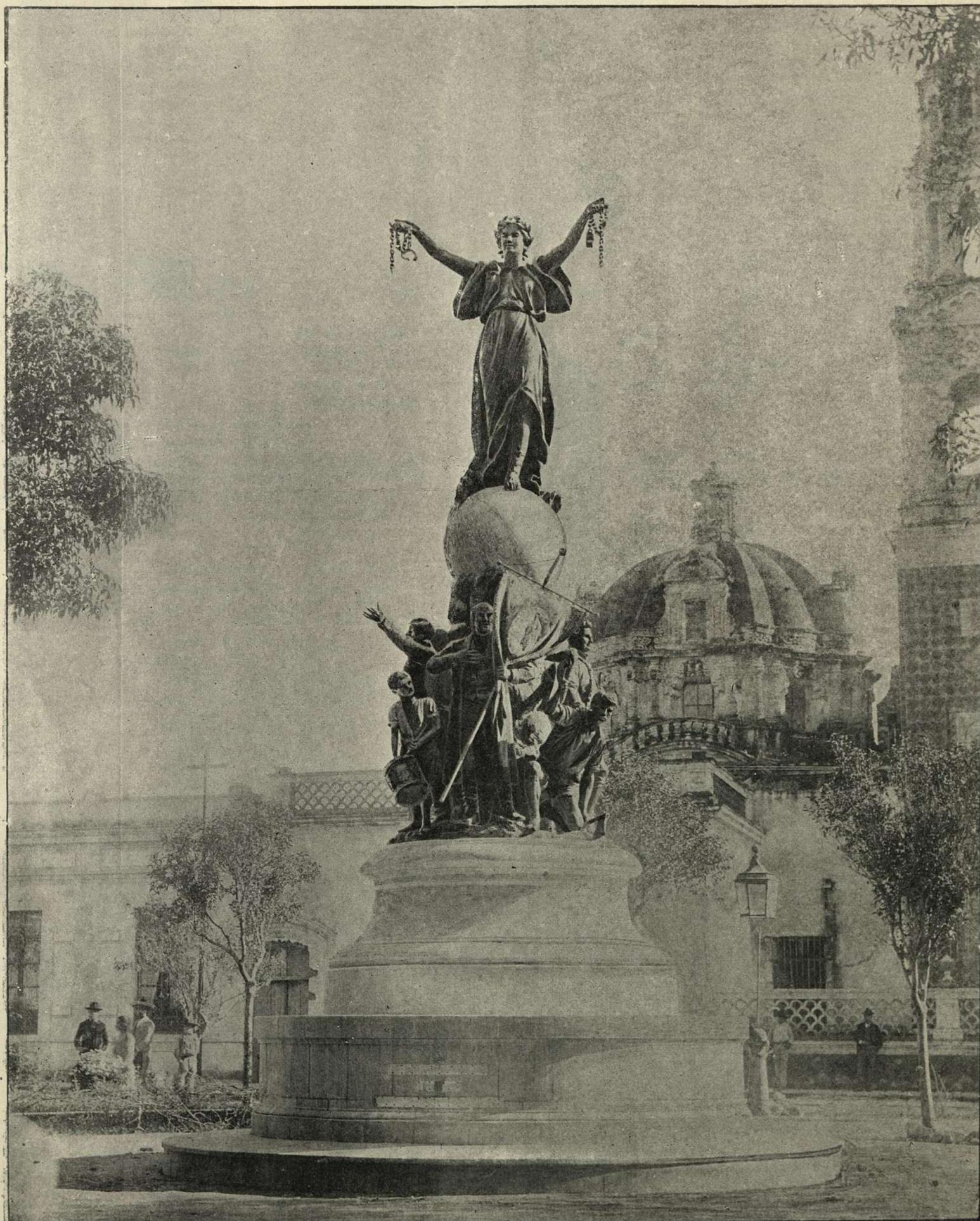


EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, SEPTIEMBRE 18 DE 1898

NUMERO 12



MONUMENTO A LA INDEPENDENCIA
Inaugurado en Puebla el 16 del actual.

LA SEMANA

Llega el regocijo popular á la patriótica conmemoración de nuestra independencia, con el recuerdo vivo aún de las manifestaciones que recibe en su día el Sr. Presidente de la República.

Nunca como ahora ha sido tan sensible el contraste entre las antiguas monarquías y nuestra tierra opulenta y pacífica. Los tribunos de la democracia europea, decían proféticas verdades cuando en años de sacudimientos demagógicos para aquel continente, nos presentaban á nosotros, pueblos nuevos de América, apercibidos con nuestra constitución igualitaria y humana para dejar vencidos todos los obstáculos, y los problemas del porvenir resueltos dentro de las fórmulas de la justicia.

Dura ha sido la tarea de nuestros estadistas; pero el que hoy gobierna á la Nación ha visto al fin triunfantes todos los ideales que incubó la Reforma y realizadas todas las grandezas que él soñó para México en los días épicos de su juventud.

No hay partidos que amaguen seriamente la autoridad del poder público. Amplias y tranquilas llegan á nuestro suelo las ondas de la cultura moderna, sin preocupaciones que las rechacen, porque no hay en pie privilegios injustos ni vivían encastillados en tradiciones estorbosas para la civilización.

El Sr. General Díaz, gobierna en nombre de la Nación y para ella, comprendiendo en su programa todos los intereses, no los de una casta, ni los de un partido.

Su nombre es aclamado unánime, lealmente por todos los que representan alguna fuerza social respetable y benéfica.

Las Cámaras legislativas abrieron sus sesiones inaugurando el nuevo ejercicio. Menos aparatosas que los Parlamentos europeos, las Cámaras de la Unión, funcionan normalmente sancionando con su aprobación soberana, leyes que imprimen al país sus progresos graduales y que amparan con sabia previsión las condiciones de la vida civil.

Sólo algunos espíritus visionarios desean la agitación parlamentaria en la que son naufragos el sentido social y los verdaderos intereses colectivos.

Será altamente estética y teatral la lucha de los leaders que fabrican en un día gabinetes que desbaratan con la misma volubilidad; pero estamos en el caso de optar entre una legislación bien meditada y los espectáculos, á veces escandalosos, de un congreso epiléptico, y naturalmente preferimos los buenos estadistas á los paladines de retórica.

Está dicho que nuestro pueblo no necesita estimulantes para sentir lo épico de las fiestas nacionales.

En cambio, los retraentes carecen de eficacia, máxime si no exceden de los términos de la penalidad rudimentaria que reserva la ley á los que disparan armas de fuego en los lugares públicos.

¿Quién comprende las emociones del grito sin las salvas de los charros entusiastas y un *muerá* concreto?

En noches de fiestas septembrinas el patriotismo se hace batallador. Por una retroactividad histórica, fatal á la temperatura de las altas horas, empeñeros y comerciantes en pequeño explian los crímenes del rapaz conquistador y de los legendarios tiranos coloniales.

El viento ha dispersado ya los pétalos marchitos de la decoración floral que cubría las principales avenidas por las que corrieron los trenes suntuosos del combate simbólico.

México fué en el espacio de medio día, la Niza aristocrática y cosmopolita que se enloquece bajo el quemante sol meridional y la feérica lluvia de *confetti* y *serpentinás*.

Al trote largo de sus caballos, *brisas*, y *breaks*, *faetons* y *vis-á-vis* pasaban dejando una estela de perfumes y la visión de un sueño, ligero como la legión de bicicletas que parecían, multicolores y silenciosas, una fuga de estrellas desciuidadas.

Cuántos al perder á lo lejos el último resplan-

dor de las oriflomas, dirían como Goncourt: ¿Por que se acabarán tan pronto las óperas?

Virginia Oro,—un nombre que delata á mil kilómetros el pseudónimo—ha iniciado en el Principal la única posible novedad en ese teatro condenado perpetuamente á trabajos forzados de *género chico*.

Los empresarios conocen la aguja de marear y saben que los imperios de toda decadencia, se sostienen sobre el conflicto de las facciones.

Una más; es decir, nueva ocasión para que los doctos concurrentes á la tanda borden sobre los temas de la Revoltosa y Retolondrón disertaciones de noble estética.

Los que han visto y oído á la Señorita Oro dicen que sucede dignamente á la Goyzueta.

Ha sido aplaudida con entusiasmo y simpatía. Que su reinado sea perdurable y próspero.

El Teatro Juárez de Monterrey fué estrenado el día 15 en honor del Sr. Presidente.

Después del desastroso incendio de 1896, Monterrey era la única ciudad importante en la República que carecía de un local para espectáculos teatrales.



Señor General Don Antonio Rosales.

Estatua inaugurada en el Paseo de la Reforma

Pero la iniciativa individual ha tomado allí modelos en la activa inmigración anglo-sajona y sin aplazamientos sofisticados ni desmayos extiende su invasora influencia por todo el campo vastísimo de la vida social.

La «juventud dorada» vuelve á la cárcel de Belén como á su casa.

Todos recuerdan indignados la proeza de dos jóvenes decentes que hace algunos años riñeron á balazos en la Maison Dorée, hiriendo á una distinguida señorita, que á la sazón estaba en el café de San Francisco.

Hoy uno de esos jóvenes torna por un asunto más bochornoso á visitar la cárcel de la que pareció que pretende ser huésped habitual.

Con cinismo increíble se hace mantener por una mujer casada, viuja por Europa y los Estados Unidos á expensas del esposo y cuando el juez le toma cuentas de sus vergonzosas fechorías, niega resueltamente las relaciones criminales que le unieron á su cómplice.



Sr. General Don Ramón Corona.

Estatua inaugurada en el Paseo de la Reforma.

El caso con su vulgar crudeza no admite esas excusas con que la sociedad absuelve desdeñosamente los delitos pasionales.

Los que creen en la eficacia expiatoria de la penalidad, tendrán que inclinarse ante las fatalidades que forman á esos renegados de todo sentimiento de moralidad.

¿Quién va á negarlo? *Cosi natura lo dispo-*

Piden los obreros al Señor Presidente de la República, que los restos de los héroes de la Independencia no sean llevados á la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Pretenden que esas cenizas no descansen en un monumento al aire libre, solitario y campestre. Prefieren para ellos el templo hierático de bóvedas sombrías.

Hay cierta poesía en ese voto de los humildes. Resucita en ellos, ó vive aún, el anhelo misterioso del cristianismo primitivo de las catacumbas.

El pueblo ama los ideales que reciben ofrendas de lágrimas secretas, bajo criptas invioladas por la invasión victoriosa de las innovaciones que no comprende la piedad sencilla de los creyentes.

Mas si se alza el monumento, allá irán á la colina sagrada en devota procesión y acaso encuentren más grandioso y significativo el homenaje, lejos de la ciudad, entre la pompa de una naturaleza llena de los rumores de las frondas funerarias.

Dick.

Política General.

RESUMEN.—La conquista de Egipto.—La toma de Omdurmán.—Jartún en poder del general Kitchener.—La «cruz» británica en Afr.ca.—Asesinato de la Emperatriz de Austria.—Los odios del anarquismo y los horrores de la ignorancia.—Europa apercibida á la defensa.—Las Cortes españolas.—El ministerio Sagasta prevalece.—Aprobación del protocolo.—Las comisiones internacionales.—Conclusión.

Lenta y gradual, pero firme y decidida, fué siempre la marcha seguida por los ingleses en su expedición de conquista hacia el Egipto superior. Nada ha podido detenerlos en su camino triunfal: las dificultades que la naturaleza oponía al desfile de los ejércitos y al transporte del material de guerra moderno han sido allanadas á fuerza de constancia y de inagotables energías; los obstáculos que ofrecía la tierra ingrata y el Río Sagrado en sus fuentes desconocidas, envueltas en el nimbo, la leyenda y las sombras de la superstición, han caído ante el poderoso impulso de una raza supe-

rior, indomable en sus aspiraciones, tenaz en sus proyectos, firme é invariable en sus programas.

Etapas por etapas, todo ha sido derribado al paso de las huestes anglo-egipcias que acaudilla el general Kitchener. Las hordas del Mahdi, los numerosos ejércitos del Califa de Jartún, los soldados curtidos por un sol abrasador, que se habían congregado en torno de la bandera verde del Profeta, á la voz solemne de los dervises, los beduinos terribles de la región, que se armaron contra el invasor al épico clamor de las trompetas, que los convocaban á una guerra sagrada, todo quedó derribado al paso de las tropas inglesas, todo se inclinó ante la fuerza de la ciencia estratégica y de los elementos superiores de combate.

Como las rubias espigas de los trigales se abaten al soplo del aquilón, como las cañas sonantes del Nilo se inclinan al paso del *simoun*, como los altos encinares del Cáucaso caen hechos trizas al golpe asolador del rayo y la tormenta, así fué aventada como seca arista, como leve paja, como puñado de menuda arena, la resistencia organizada por los dervises para oponerse á la conquista anglo-egipcia. La plaza fortificada y formidable de Omdurman cayó en poder del general Kitchener, tras rudo y sangriento combate.

Los sectarios del Mahdi muertos á millares, barridos por la metralla inglesa, han de emblanquecer con sus huesos las arenas tostadas del desierto.

Los defensores de Jartún rotos y destrozados por las tropas invasoras, han regado con su sangre la fecunda tierra; han caído bajo la fulmínea espada de conquista que esgrime en aquellas abrasadas regiones la armipotente Albión, y ya será muy difícil que los deshechos restos del ejército vencido opongan resistencia á la completa sumisión del país.

**

De hoy en más, la Gran Bretaña será dueña y señora del fértil valle del Nilo, y sus dominios se extenderán más allá de donde asentaron la planta todos los conquistadores de esa región sagrada, desde Sesostris hasta Ciro, desde Alejandro hasta Marco Antonio, desde Omar, hasta Napoleón.

En vano las potencias europeas tratarán de interponer el veto al ensanche de los dominios británicos; en vano Francia alegará pretendidos derechos sobre la tierra de los Faraones. La suerte está echada, y la primera potencia marítima seguirá imperturbable en su camino para adueñarse



Estatua de la Historia.

Inaugurada en Puebla el 16 del corriente.

se del Continente africano, dominando desde las Costas de Oro hasta Mozambique, desde la culta Alejandría hasta el Cabo de las Tormentas, clavando en esa cruz de sus conquistas las ambiciones de todos sus rivales.

**

La hidra espantosa del anarquismo ha lanzado otra vez sus silbos fatídicos y clavado su diente ponzoñoso en el corazón de Europa. Todo lo que se alza, todo lo que brilla, todo lo que vuela, engendran en esos antros oscuros, donde se agitan las aspiraciones morbosas de los degenerados de nuestra civilización, engendran y producen el odio insensato, el rencor ciego, la venganza inaudita, hieren, hieren en la sombra sin cuidarse de ver si la cabeza que cercenan está unguada por la

virtud, santificada por el amor ó ennoblecida por la gloria.

¿Qué les importa á esos monstruos la virtud y la grandeza? ¿qué les importa á esas bestias irsutas, que salen de las cavernas negras de la ignorancia y la miseria, con todos sus odios para la luz, con todas sus envidias para el ala, con todos sus horrores para el alma, lanzar su rugido de riera encadenada y herir con igual insensatez á Sadi Carnot ó á Cánovas del Castillo?

Hoy ha tocado en suerte caer al filo del puñal anarquista á la augusta emperatriz de Austria-Hungría Isabel de Baviera. El brazo del asesino no se detuvo ante aquella frente soberana, adornada con la triple corona de la virtud, de la ancianidad y del dolor. La augusta dama que ha gemido desde que vió desaparecer entre sombras misteriosas á su hijo idolatrado el Archiduque Rodolfo, que apartada completamente de las contiendas políticas en que se ha agitado el imperio austro-húngaro, que desentendida de todas las convulsiones que han sacudido el trono de su esposo, sólo tuvo lágrimas para llorar las desventuras llovidas sobre la casa de los Hapsburgo y corazón para amar á sus hijos; la soberana que sentada en un trono secular, compartió con su esposo el tálamo imperial, pero nunca las fatigas del gobierno, y derramó sobre su pueblo desde su alto puesto los dones de su munificente caridad: ¡extraño error! esa fué la víctima elegida por los anarquistas, para ser sacrificada en aras de sus odios implacables.

Un grito de horror ha sacudido toda Europa. Las sociedades se apereiben á la defensa. Los gobiernos deben prepararse para dar caza á la fiera del anarquismo, hasta en sus más escondidas madrigueras. La civilización así lo demanda; la justicia así lo pide; así lo exige el derecho de propia conservación.

**

Reunidas las Cortes españolas, que convocó la Corona para sancionar conforme á la Constitución el doloroso abandono de las colonias á que se vió obligado el Gobierno, después de los azares de una guerra desgraciada, la representación nacional ha sancionado con su voto las decisiones del ministerio Sagasta; ha aprobado el protocolo de la paz firmado en Washington por los representantes de los gobiernos americano y español, y puesto los fundamentos de una era nueva de tra-



VISTAS PARCIALES DEL MONUMENTO A LA INDEPENDENCIA EN PUEBLA.

bajos titánicos, para reconstruir y reorganizar el país, herido hondamente por las desventuras de la derrota.

En vano los jefes de partido se alzaron, en el Congreso de los Diputados y en el Senado, á pedir cuentas al Jefe del Gobierno por los desastres de la patria española, en vano se provocaron escenas violentas, y cruzaron, como choque de espadas fulmíneas, tremendas mutuas acusaciones entre liberales y conservadores: la mayoría, la abrumadora mayoría con que contaba Sagasta en el seno de las Cortes, sofocó todos los impulsos, refrenó todos los bríos, apagó las chispas de incendio y suspendió toda discusión.

Los republicanos que se abstuvieron, los carlistas que se alejaron, los conservadores que amenazaban con un conflicto, nada pudieron hacer, prevaleció la voz autoritaria del caudillo liberal: quedaron clausuradas las cortes, y hoy cuestión de la paz y de la dolorosa amputación que ha sufrido la monarquía española, sólo depende de los comisionados en París, en la Habana y en Puerto Rico, para representar los intereses del reino.

Si el Sr. Sagasta se ha equivocado, si ha cedido sólo á la fuerza incontrastable de los hechos, á la influencia de un poder superior, demostrado en tierra y mar, ya lo dirán los acontecimientos.

Entre tanto, queda en pié su alta personalidad, como el principal responsable en la tremenda crisis que acaba de sufrir la patria de Alfonso XIII.

16 de Septiembre de 1898.

X. X. X.

(De la *Historia General de España*, por Lafuente.)

La España de Felipe II.

"No era ciertamente lisojero el estado en que Felipe encontró la hacienda de España; consumidas las rentas agotados los recursos, agobiada la nación con deudas enormes, paralizado el comercio y muerta la industria, resultado de los dispendios ocasionados por

las incesantes guerras de su padre. ¿Qué hizo Felipe II para curar aquella llaga, para regularizar la administración, para aliviar las cargas de los pueblos, para reanimar la industria, fomentar la pública riqueza y sacar nuevos recursos con que subvenir á las atenciones y satisfacer las deudas — Tomar para sí la plata que venía de Indias para los particulares y mercaderes; vender hidalguías, jurisdicciones y oficios, la cuarta de las iglesias, los terrenos del común y las villas y lugares de la corona; imponer empréstitos forzosos á prelados, magnates y hacendados, que arrancaban con violencia y sin consideración; suspender los pagos á los acreedores, y hasta legitimar por dinero los hijos de los clérigos.

Como, por una parte, proseguían las guerras y las expediciones costosas, continuaba el empeño de conquistar y conservar reinos que, lejos de producir eran otros tantos sumideros de las rentas de España, y el oro de América, junto con los brazos agricultores del reino, se enviaban á otras regiones, y como por otra parte, las providencias administrativas eran ineficaces ó contrarias al objeto mismo para que eran dictadas, sucedía que era mayor cada día la miseria y la pobreza pública.

Cuando las Cortes, con triste, pero vigoroso acento, se lamentaban de la penuria y ahogo de los pueblos, y exponían que los pecheros ya no podían más, y reclamaban el alivio de los tributos, ¿qué era lo que arbitraba la Junta de Hacienda reunida por el soberano y qué era lo que este soberano sancionaba? Suspender los títulos y derechos de los acreedores del Estado; reducir arbitrariamente sus intereses vencidos, so pretexto de ser exorbitantes y ruinosos; reformar y modificar sus títulos con arreglo á la reducción que se fijó, y dar un efecto retroactivo á todos los contratos hechos quince años antes, especie de bancarrota que irritó y espantó á los pres-

tamistas extranjeros, y acabó con el crédito de la Hacienda y del Gobierno de España.

¿Cuáles eran las causas de tantas necesidades, de tanta pobreza, de tanta miseria interior, en la nación entonces más poderosa, y que debería ser también la más rica de la tierra?

Nadie vacila en señalar como una de las primeras causas la lucha gigantesca de los reyes de España con tantas naciones, potencias y soberanos, para defender la fe católica y el engrandecimiento de la casa de Austria; lucha que, comenzada por Carlos I, proseguida



El Combate de flores. — Frente al Pabellón Morisco.

Fot. de «El Mundo»



El Combate de flores—Otra perspectiva frente al Pabellón.

Fot. de «El Mundo»

ESTETICA DE LA LENGUA FRANCESA

Un sabio autor, M Remy de Gourmosit ha escrito algo muy curioso sobre la estética del idioma francés.

Dice que como todas las otras lenguas neo-latinas, el francés tiene tres clases de palabras: palabras de formación popular; palabras de formación sabia y palabras extranjeras brutalmente introducidas. Sólo las primeras traducen el genio nacional; las de la segunda categoría, pueden ser, eventualmente, armoniosas, sonoras, estéticas; pero que en general son horribles. En cuanto a las palabras extranjeras, afirma que casi siempre reemplazan desventajosamente los



COMBATE DE FLORES.—Avenida Juárez, frente a la Calle Nueva.

Fot. de «El Mundo»

términos castizos y son por lo mismo inútiles y perjudiciales.

La lengua tendría toda su pureza si todos los vocablos usuales perteneciesen a la primera categoría; pero apenas si una tercia parte de ellos se hallan en esa condición. Los de la segunda hijos bastardos de Grecia ó aventureros de otros países, son de una fealdad repugnante y oprobio del idioma, mientras el instinto nacional ó el uso les daría carta de naturalización. Es imposible suprimirlas, pero al menos debe procurarse que sean menos desapacibles."

En los neologismos derivados del griego, los sabios



COMBATE DE FLORES —El Jockey Club.

Fot. de «El Mundo»

por Felipe II, hacia necesarias multitud de colosales empresas costosísimas de hombres y de dinero. Los soldados y los tesoros de España se derramaban por infinidad de Estados, separados entre sí, ó por mares inmensos, ó por naciones enemigas.

Los tesoros allá se consumían; los hombres allá se quedaban; los unos en los campos de batalla, los otros guarneciendo las plazas fuertes, y los que volvían habían sido arrancados de sus hogares antes de poder utilizar sus fuerzas en los trabajos de la tierra ó de los talleres, y regresaban en edad en que el trabajo de los talleres y de la tierra se resistía á brazos habituados sólo al manejo del mosquete ó de la espada. Emigración de riquezas, despoblación del reino, abandono de la agricultura y de la industria, eran los efectos inmediatos y naturales de las guerras.

Disimulable podría ser el afán de conservar dominios remotos y desparramados, si las rentas de aquellos Estados ya que no acrecieran las de España, hu-



COMBATE DE FLORES.—Victoria de los niños Salcido.

Fot. del «El Mundo»

bieran á lo menos producido para gastar su propio mantenimiento. Más ya por la esterilidad de los unos, ya por la resistencia de los otros á contribuir para mantener un señor y un gobierno extraño, ya por la falta de producción ocasionada por las guerras en que andaban revueltos todos, es lo cierto, que en vez de producir consumían, que por más que selos esquilmasaban no rendían ni aún para racionar y asoldar nuestros ejércitos de operaciones en aquellos países, y que para mantener nuestras tropas en Flandes, en Milán, en Nápoles y en Sicilia, era menester enviar continuamente á Sicilia, Nápoles, Milán y los Países Bajos, nuestro oro de América y nuestro oro de Castilla, y no alcanzaba nunca ni bastaba, de modo que todos aquellos grandes señoríos, eran otros tantos grandes censos para España, y nos hacíamos pobres por la vanidad de que nos llamaran grandes señores."

LAFUENTE.



COMBATE DE FLORES.—La Esmeralda.

Fot. de «El Mundo»



COMBATE DE FLORES.—Avenida Juárez.

Fot. de "El Mundo."

han procurado siempre de una manera especial que la palabra sea una definición de la cosa que se quiere expresar. Inútil y ridícula tentativa! Jamás da la palabra una idea de la cosa sino á los que ponen toda su buena voluntad para entenderla. ¿Cómo podría el compuesto griego *piró-cofo* (fuego-buque) significar para el que lo ignora la idea precisa de un buque que se mueve por medio de una máquina de vapor siendo éste producido por el fuego? «Buque de vapor» es más simple y más inteligible y el autor hace notar que en la mayoría de las palabras francesas derivadas antiguamente del latín, el sentido etimológico ha desaparecido, casi por completo: los cuadrantes son redondos, aunque la palabra significa cuadrado.

El verbo francés *tuer* (matar) viene del latín *tutari* (protejer) y por una serie de avatares curiosos ha llegado á tener una significación contraria.

Hay mil ejemplos que como los anteriores demuestran la insignificancia del sentido etimológico y que por lo mismo es inútil sacar del griego palabras horribles, desde el punto de vista estético, so pretexto de que traen consigo la significación del objeto que designan, cuando en realidad nada preciso significan. ¿*Odontológico* quiere decir lo que cura ó lo que provoca la enfermedad de los dientes? Imposible sería saberlo por la palabra misma, puesto que junta sólo estas ideas *diente* y *dolor*. Entonces ¿para qué crear ese barbarismo?

En cuanto á las palabras extranjeras que forman como islotes dentro del lenguaje común, sólo son admisibles cuando se funden completamente adoptando la ortografía del idioma que las admite. Así pasaba en otros tiempos, cuando el francés tenía aún, toda su fuerza de asimilación. Fetiche, mandarin, limón, magasin y otras muchas palabras, nada conservan de sus orígenes árabe, español, portugués, etc., etc.

Si siguiendo esos ejemplos, quería el autor cuya teo-

ría exponemos, que se afrancesa también, escribiendo, *vervi gratia, hiqueliffe, bifeteque*. La belleza de la palabra nada ganaría; pero, en cambio sería más fácil la pronunciación y la lectura.

"La belleza de una palabra, concluye el autor, depende y esta toda ella en su pureza, en la originalidad en la raza"

"Desde que somos esclavos de la superstición científica concedemos á los pedantes poder ilimitado sobre una actividad intelectual que es del dominio absoluto del instinto. Creyendo que debían aceptarse todas las palabras extranjeras, hemos creído que el idioma se enriquece con lo que no es sino un signo de indigencia. No es posible que un idioma tan vivo literariamente haya perdido su antiguo poder verbal. Vale más renunciar á la expresión de una idea que formularla en jerga insoportable. No es necesario escribir; pero ya que lo hacemos, empleese una lengua verídica y de buena casta.

Recuerdos del combate de flores.

Nuestras ediciones diarias han publicado una información exacta y completa del combate de flores dispuesto en obsequio del Señor Presidente de la República, y eso nos dispensa de insertar en estas columnas la nota íntegra de esas fiestas.

Con el objeto de dar á nuestros favorecedores un álbum acabado del certamen floral, dispuso EL MUNDO ILUSTRADO una instalación fotográfica en la calle de Patoni y en ella se tomaron fotografías de todos los coches y bicicletas que concurrieron al combate de flores. Además, varios artistas y fotógrafos comisionados por nuestro semanario, tomaron apuntes é instantáneas de las escenas más notables y salientes para completar la colección, y no dejan fuera de ella ni un solo episodio de la brillante fiesta. La premura del tiempo nos impide dar en esta edición todas las fotografías que tenemos en nuestros talleres; pero nos prometemos publicarlas la semana próxima, y con ellas una nota que condense lo más notable del combate de flores efectuado el día 14 del corriente.



COMBATE DE FLORES.—Casa del Sr. Escandón.

Fot. de "El Mundo."

LAS ESTATUAS erigidas á los Generales CORONA Y ROSALES, en el PASEO DE LA REFORMA

El Estado de Sinaloa ha erigido á su vez dos estatuas en el Paseo de la Reforma, las cuales fueron descubiertas el día 16.

Representan á los Generales Don Ramón Corona y Don Antonio Rosales, ambos defensores de la República y del honor nacional contra la Intervención francesa y el régimen ilegal del archiduque Maximiliano.

El General Corona nació en un pueblo del Estado de Jalisco y desde muy joven empezó á pelear en las filas del ejército liberal. Valiente, entendido y sagaz debió á esas y otras cualidades los ascensos que en breve lo lle-

pública derrotó á Lozada, quien con 15 000 hombres hacía frente al gobierno constituido asolando las regiones del Pacífico.

Después de ser Ministro de México en España fué llevado al Gobierno de Jalisco.

Desempeñaba las funciones de Gobernador cuando fué asesinado alevosamente el 11 de Noviembre de 1889.

La muerte del General Corona fué una pérdida que lamentaron el ejército y el partido liberal al que tan toservicios prestó con su espada.

El General Don Antonio Rosales era un hombre de talento clarísimo. Estudió en Guadalajara recibiendo el título de abogado.

Era progresista y como tal se enamoró de los principios de la Reforma poniendo en defensa de ellos una gloriosa existencia.

Fuó Gobernador del Estado de Sinaloa en la época de la Intervención y peleó contra los imperialistas y franceses á los que derrotó en la notable acción de S. Pedro, cerca de Culiacán, el 22 de Diciembre de 1864. Esta victoria lo hizo acreedor á la banda de General de Brigada que le envió el Presidente Juárez.

El 22 de Septiembre de 1865 murió en la acción de los Alamos.

Estos son los héroes á quienes el Estado de Sinaloa ha erigido las estatuas que aparecen en nuestros grabados.

La estatua de la historia.

Uno de los monumentos inaugurados en Puebla, el día 16 es la estatua de la Historia.

Hace pocos días quedó terminada en la Fundación Artística é inmediatamente fué remitida á Puebla para ocupar el sitio que le tenía asignado el artista, en el monumento á Bravo.

Nuestro grabado da una impresión exacta de la escultura á que se refieren estas líneas

El monumento de la Independencia en Puebla.

Damos en tres grabados distintos el conjunto y dos vistas parciales del monumento levantado en Puebla en honor de los héroes de la Independencia.

Como puede verse por las ilustraciones, esta obra monumental, será una de las mejores de la República.

El zócalo es de piedra blanca de Pachuca y el pedestal tallado en mármol de Carrara, con una guarnición de festones de bronce.

En el grupo de los héroes, sobresale la figura de



COMBATE DE FLORES —La Avenida Juárez —Fot. de "El Mundo."

La Emperatriz de Austria-Hungría.

La Emperatriz Isabel Amelia Eugenia, esposa de Francisco José, Emperador de Austria y Rey de Hungría, nació el 24 de Diciembre de 1834 en Schloss Passenhofen en las riberas del lago Traun. Fué hija del Duque Maximiliano José de Babiera.

Era la menor de cinco hermanas, una de las cuales, la Duquesa d'Alençon, murió en París en el desastre del Bazar de Caridad.

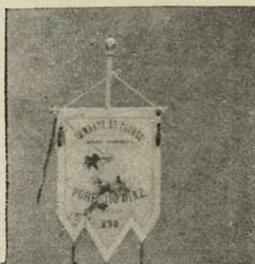
Se dice que el Emperador había pensado en casarse con Helena hermana de Isabel, pero que impresionado por la belleza de ésta, se enamoró de ella y la pidió en matrimonio.

La ceremonia nupcial se celebró el 24 de Abril de 1854. Las intrigas que se urdieron contra ella desde que ciñó la corona imperial, hicieron aborrecer la corte y la capital de Austria.

Gustábale viajar: tres cuartas partes del año las pasaba fuera de Viena y visitaba con frecuencia durante sus excursiones Inglaterra é Irlanda donde emprendía partidas de caza á las que era muy aficionada.

Sus enfermedades la obligaron á recluirse en el interior del palacio, y por último, las penas que amargaron sus últimos años. Su hijo favorito, el Archiduque Rodolfo, murió trágica y misteriosamente. Esa desgracia la hizo envejecer en unos días como si hubiesen transcurrido para ella largos años de sufrimientos y aún se cree por algunos que perdió el juicio. Lo cierto es que se vigilaban sus acciones, aunque de una manera cariñosa, con cuidado sumo.

Elegió por residencia de invierno la villa que mandó construir en la isla de Corfú y á la que puso por nombre «Aki-leion» en memoria de Akiles «el hijo de los sufrimientos de su madre,» sin duda para recordación de su propio infortunio.



Balcón de la casa del Sr. Limantour, desde donde el Sr. Presidente presenció el Combate de Flores.

Fot. de "El Mundo."

Hidalgo con el estandarte de la Virgen de Guadalupe y á la derecha del cura está el chico que figuró como tambor desde los primeros días de la lucha.

Don José María Morelos, Don Leonardo Bravo y Don Hermenegildo Galeana se dan las manos formando un grupo aislado.

Don Vicente Guerrero, apoya una mano sobre el hombro de un insurgente que tiene la rodilla hincada en tierra y en la mano derecha una tea encendida.

En la parte posterior Pipila aparece con la losa á la espalda en actitud de proceder al incendio con la antorcha que lleva en la mano.

Del centro del grupo de los heroes, ascienden nubes sobre las cuales hay una esfera de mármol que á la vez sirve de pedestal á la estatua principal. Representa á la Independencia con fragmentos de la cadena colonial en las manos.

Todas las figuras fueron modeladas por el escultor D. Jesús Contreras y hechas en la Fundición Artística Mexicana.

La inscripción dice así:
A LOS HEROES DE LA INDEPENDENCIA.
 EL ESTADO DE PUEBLA.
 1898.

El monumento mide más de ocho metros de altura y costó sobre \$80 000. El Sr. Presidente de la República, colocó la primera piedra el 21 de Noviembre de 1886, enterrándose bajo una losa copia del acta que se levantó ese día, autorizada por el Notario de la ciudad.

Las fiestas de los días de la Patria.

Con las ilustraciones relativas al combate de flores, publicaremos también en nuestra próxima edición, los grabados relativos á las festividades patrióticas para que formen en conjunto una colección preciosa de recuerdos de los animadísimos días 14, 15 y 16, en los que pomposamente se celebraron el onomástico del Sr. Presidente de la República y la conmemoración de la Independencia.



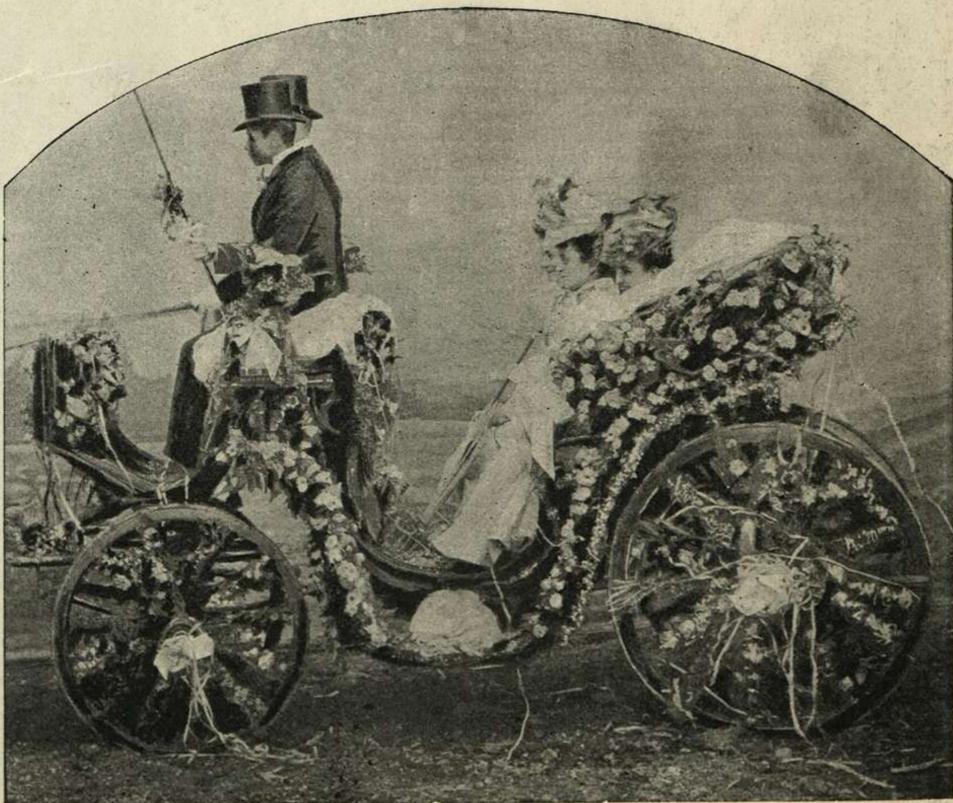
Coche del Sr. D Tomás de la Torre, en el que iban la Sra. Amada Díaz de de la Torre y la Sra. Laura Formentó de de la Torre, con sus dos hijas.—Primer premio.

Fot. de J. P. Arriaga para "El Mundo"



Bicicleta del Sr. Román Orta.—Primer premio.

Fot. del Sr. J. P. Arriaga para "El Mundo"



Coche del Sr. D José Hipólito Ramírez, con las Sritas. Ramírez. Segundo premio.

Fot. del Sr. J. P. Arriaga para "El Mundo"



Antes de la capitulación.—F. Andreotti.

Los Heroes



I.

Los aburridos vecinos de Villarrobes, á falta de entretenimientos de más fuste, pasaban sus horas ociosas picoteando en las diversas tertulias que habia en el pueblo; ello desde el caer de la tarde hasta cerca de la media noche, sin más intervalo que la escasa media hora que empleaban en engullir, en su respectivo domicilio, la carne asada, el chile con frijoles y la taza de leche de cabra que, en general, constituían su cena.

Cierto banco del desmembrado jardín de la Villa, determinado tendajo, esta barbería, aquella taberna, eran otros tantos lugares de reunión, cada uno con su círculo propio. . . . Pero el más concurrido tenia por centro la *Botica de la Plaza*.

Era éste un establecimiento antiquísimo que habia cambiado de dueño, aunque no de farmacéutico, muchísimas veces. Cada nuevo propietario, daba una mano de gato á la fachada, repintaba los rótulos, la sacaba lustre por dentro, remendaba los útiles viejos y la proveía de los que la faltaban. Conservaba algún tiempo su aspecto flamante; pero poco á poco se iba desconchando, rompiéndose, ensuciándose todo, hasta que al cabo de dos ó tres años, venia el nuevo dueño á reformarla otra vez.

En la época á que me refiero, hacia ya tiempo que no cambiaba de poseedor, razón por la cual tenia aquel airecillo de dejadez y abandono. . . . La empolvada anaquelera sustentaba poquitos frascos y esos, cubiertos de endurecidas chorreaduras y en su mayor parte vacíos. En ambos extremos del mostrador, despintado por el uso, se ostentaban dos medianas vitrinas, poco menos que exhaustas; en el centro las balanzas de precisión, oscilaban blandamente bajo un fanal pitañoso, y en los dos espacios libres entre estas y aquellas, alzábanse sendas ampollas de vidrio con agua de color, tras de las cuales solia encenderse, en noches de gran solemnidad, las correspondientes lamparillas. En el trecho de puerta á puerta y en ambas testeras, habia unas cuantas sillas mal-truchas, que aunque destinadas á los parroquianos, estaban siempre ocupadas por los asistentes á la perenne tertulia.

Amén de estos encantos, reunia la *Botica* otros dos de no menos cuantía: el de tener un boticario amable y eternamente dispuesto á echar un párrafo, aunque trajera entre manos la más complicada receta, y el de estar situada en la *Plaza Principal*, lugar por donde pasaba, de paseo ó negocio, todo el vecindario Villarroblense, y á donde iban á parar, no bien nacían, conducidas por alas invisibles, las murmuraciones y chismes de toda la Villa.

En invierno cerrábase una puerta de las dos que daban á la *Plaza*, y en el abrigado rincón resultante, se formaba la tertulia. Cuando hacia buen tiempo, unos colocaban sus sillas en el vano de dicha puerta, siempre la misma, y otros á horcajadas en ellas, en el borde de la acera, dejándola libre, aunque nadie pasase por el medio, pues los escasos transeuntes, sobre todo las mujeres, cambiaban de lado, creyendo escapar con la distancia, á las murmuraciones de aquellos ociosos.

Los tertulianos más asíduos, que mutuamente se buscaban, y cuando por acaso no concurrían, se echaban de menos, eran cinco sujetos: un solterón empleado oficial, el maestro de escuela, un propietario de casas de poco precio, un hacendado cuyas propiedades estaban cercanas á la Villa, y el supradicho boticario que habia pasado la tercera parte de los cuarenta años que entonces tenia, detrás de aquel mismo mostrador. Los cinco eran vulgares de tipo: el empleado y el propietario un si es no es obecillos, debido á su vida poltrona; magro y esganchado el maestro de escuela, por los diarios berrinches y el poco sueldo; el agricultor fornido y basto, y el boticario ni gordo

ni flaco, de talla mediana, de color indefinible, sin más cosa notable en su faz inexpresiva, que los cuatro ó seis barros diseminados en ella. . . . La indumentaria, allá se iban los cinco. Usaban chambergo de anchas alas y trajecillos de americana, cortados por el sastre de la Villa, muy mala tijera, aunque él creia otra cosa.

Y ¡caso estupendo! Aquellos cinco tertulianos, tan pacíficos y molondrones, sólo hablaban de grandes hazañas y espantosos peligros que ellos habian acometido y arrostrado. Cada uno sucesivamente, con voz campanuda y fiero mirar, iba contando su espeluznante episodio. Y era lo bueno que aunque mutuamente y cada uno para su sayo, por conocerse muy bien se conceptuaban unos grandísimos embusteros, ninguno podia pasarse sin contar á los demás su correspondiente heroicidad.

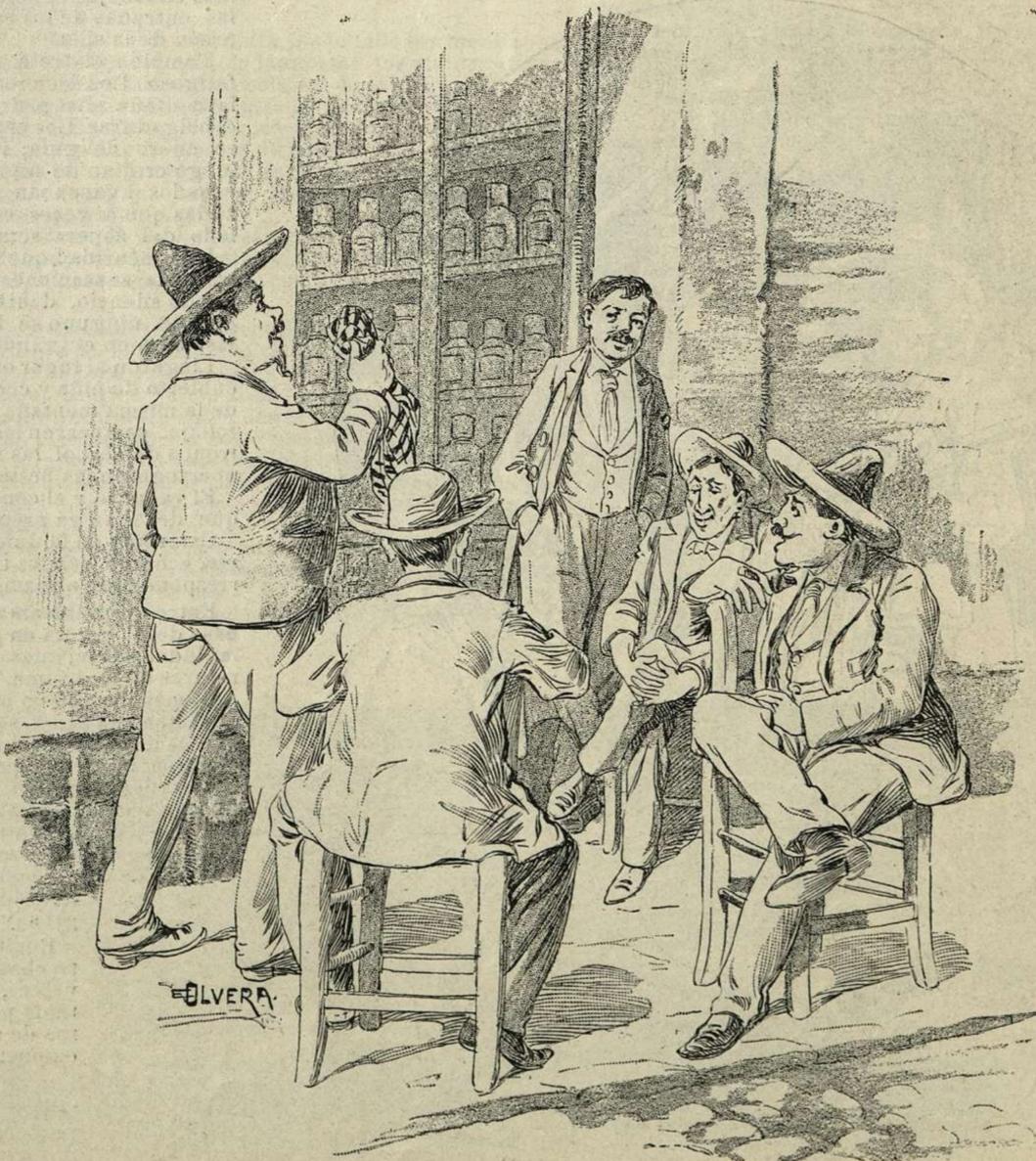
Pero quien mayores las urdia, era el hacendado; y quizá porque solia pasar temporadas en su hacienda, entre aparceros y sirvientes, se le daba algún crédito. El comprendia su prestigio, y le creia mayor de lo que era en realidad, oia con aire de menosprecio las narraciones de sus amigos, y cuando ya todos habian

contado su correspondiente hazaña, nuestro hombre se ponía pausadamente en pié, sacaba su enorme pañuelo de cuadros rojos y amarillos, se refregaba con él los ojos y las narices, daba un paseito en corto y decía con voz ponderativa:

—Pero no como lo que á mí me sucedió una vez. . . . Figúrense que. . . .

¡Válgame Dios! Los osos que él habia matado cuerpo á cuerpo con su cuchillo de monte; las veces que habia tenido que defenderse á balazos de los peones que querian asesinarle sólo porque los habia reñido; los incendios que habia apagado, rodeado de inmensas llamas, en los bosques de su propiedad. . . . Y así por ese orden.

Cierta noche en que habian hecho el gasto los osos, los leopardos y otras feroces alimañas de los terrenos del hacendado, la borrachera de sus soñadas aventuras determinó á los cinco contertulios á organizar una expedición de caza mayor para de allí á ocho días. Justamente venian dos fiestas seguidas, y ninguna oportunidad como aquella.



II

El empleado pidió al jefe de su oficina el necesario permiso, por si alguna circunstancia imprevista retardara á los expedicionarios más de lo que creían; y por idéntica causa, el rentista dejó sus escasos asuntos encomendados á un su amigo; el domine puso sobre aviso á los chicuelos que hicieron una docena de zapatetas y se quedaron deseando que no pareciera nunca por el pueblo; el boticario dejó la farmacia al cuidado de su mujer; y el hacendado, que ya de antemano había hecho sus preparativos, dió las últimas órdenes, y á la madrugada del día convenido, embanastados en maltrecha ambulancia, tirada por cinco no muy lucidas mulas, todo ello propiedad del hacendado, se pusieron en marcha.

No llevaba trahilla por no haber un mal podenco en diez leguas á la redonda; pero sí buen armamento y mejor repuesto de huevos duros, carne seca y tortillas, pues aunque valientes y aventureros eran hombres que no se dejaban mal pasar.

La charla, durante el camino, corrió, como siempre por fenomenales aventuras, contadas á gritos, porque el traqueteo del armatoste en baches y piedras no permitía á la voz diapasón más apacible, y también aquí oyeron los valerosos cazadores, entrecortada y como dicha á tropezones, la indispensable muletilla:

—Pero no como lo que á mí me sucedió una vez!... Figúrense que...

Al ponerse el sol llegaron al amasijo de casuchas de adobe y jacales de palma de que se formaba la hacienda, y se apearon en una de las primeras, ni de mejor aspecto ni mucho más cómoda que las demás, pero que medieros y peones por ser la que el amo habítaba, llamaban hiperbólicamente *la casa grande*.— He aquí su distribución: La puerta de ingreso daba inmediatamente á una pieza mediana con luz hacia el campo, y que á juzgar por la heterogeneidad de sus muebles, (dos consolas, tres canapés y una larga mesa de pino.) era á la vez sala y comedor; en la tetera de la izquierda abríase la puerta de una segunda pieza de menos espacio, con dos catres de tijera y tres sillas de tulle por todo mobiliario. Frente por frente á la puerta de ingreso negreaba estrecho pasadizo por donde se iba á la cocina y al corral....

Después de cenar de cuanto había, que no era poco, á Dios gracias, se dispusieron á acostarse. Había que aprovechar el tiempo durmiendo un poquito, puesto que antes del alba se emprendería á caballo la caminata á la sierra.

En estas y en las otras, la noche había cerrado con absoluta obscuridad. En torno de las casuchas dilatábase el campo desierto y silencioso. De vez en cuando algún perro ladraba á lo lejos, se oían silbidos finos y prolongados, y extraños alaridos resonaban pavorosamente en las lomas vecinas.

La verdad es que todo ello produjo cierta desazón en los cinco cazadores que, sin saber por qué motivo, suspendieron su charla. Mas se guardaron muy bien de comunicarse su inquietud. El buen terrateniente no acertaba á saber por qué aquellos ruidos extraños, no obstante haberlos oído mil veces en sus repe-

tidas estancias en la hacienda, le ponían nervioso ahora y le espantaban el sueño.

Al encerrarse en la alcoba, aintió cada uno la necesidad de poner junto á sí las respectivas armas que habían sido arrimadas en montón á un ángulo de la pieza. Ya acostados, dos en un catre y tres en el otro, y apagada, con un descomunal resoplido del que la tenía más cerca, la velucha de sebo que se corría, l'grimeando, sobre una silla de tulle, el ruido que hacían las bestias en el corral adyacente, el súbito crujir de las maderas. los zumbidos del viento, cualquier rumorcillo que ellos mismos producían al revolverse en los atormentados camastros, les hacía despegar la cabeza de las almohadas, levantándola un poco y quedarse un rato á la escucha.

Aún no pegaban los ojos cuando sonaron terribles golpes en la puerta del cuarto. No tuvieron tiempo de asustarse porque los tranquilizó una voz apacible que decía:

—¡Señor!... ¡Señor!... Ya es hora.

Se levantaron desmereándose; pusieron las respectivas americanas, únicas prendas que se habían quitado para acostarse, y abrieron la puerta.... Aún había estrellas, pero se notaba como una indecisa claridad que anunciaba el fin de la noche. Los caballos, ya ensillados, esperaban frente á la puerta de ingreso.

Un mismo pensamiento surgió en la mente de todos: "Serían mansas las cabalgaduras?" Porque es de advertir que el amo no tenía caballos de silla, y cuando los había menester, se arriaban las bestias de labor mejor acondicionadas, á juicio del caporal que fungía de administrador de la hacienda.... Y tal criterio, fundado en las propias aptitudes, podía ser de consecuencias desastrosas para los cinco expedicionarios!.....

"La verdad era que la cacería no iba resultando de lo más divertido".... Además, la proximidad de los osos, de los leones y hasta de los toros bravos, no les hacía malita la gracia.

Pero ¿qué remedio? Montaron, y llevando de guía á un vaquero conocedor del terreno, y seguidos de otro que arreaba una acémila con el repuesto necesario, emprendieron el camino por angosta vereda, á ciegas, tirando de frío y ¿por qué no decirlo? medio muertos de miedo.

Uno tras otro, pues no daba para más la angostura de la senda, caminaron gran rato con ese galope uniforme é incesante de los caballos del país avezados á tales jornadas.

El campo era una enorme extensión negra limitada á derecha é izquierda por fajas de niebla que iluminaba debilísima y blanca vislumbre. Al frente, la sierra jibosa se dilataba achicándose cada vez más hasta perderse de vista. Presto la vieron tan cerca que ya no apreciaban su perfil dentellado, sintieron como que echaba sobre ellos sutilísima sombra.

El caballo del guía suspendió de pronto el

galope, y sin que los jinetes tuvieran el trabajo de tirar de las riendas, los demás caballos le imitaron tomando todos un trotcito picado que zangoloteaba las entrañas de los caballeros y les flotaba con fuerza muslos y posaderas en el arzón de la silla.

También el trote se suspendió á poco trecho, tomándose un paso lento y fatigoso. Los asendereados jinetes respiraban con fuerza. Comenzaban á subir la montaña. Las pedrezuelas rodaban sonando, aventadas por los cascotes de las cabalgaduras. Los espesos matorros arañaban chirriando las chaparreras de duro cuero del guía, rozaban sin ruido las de blanda gamuza del hacendado, y luego crujían de nuevo en las indefensas perneras de los cuatro invitados. Los caballos avanzaban palmo á palmo, sentando con tiento las desherradas pezuñas que á veces resbalaban un poco sobre las lastras desnudas. A uno y otro lado del áspera senda, mostraban su seno sombrío profundos taludes.

La obscuridad que aún reinaba, impedía adivinar por la expresión de los rostros, las sensaciones que experimentaban los cinco jinetes; más según su obstinado silencio, debían de ser de intensísimo miedo: sé que á no sentirle tan grande, ninguno se hubiera quedado sin contar alguna aventura que encajase bien en el grandioso escenario en que se encontraban.

Llegaron al lugar en que había de instalarse el rancho: un abrigado rincón cubierto de piña y cedros, formado por el punto de arranque de una derivación de la misma montaña. Bajo un cedro de poca altura, pero de ancho y espeso follaje, se apearon los cazadores, se puso en tierra el repuesto, se arrimaron al tronco del árbol las monturas, y, entre unos chaparros un poco distantes, se apersogaron las bestias.

El vaquero y el conductor de la acémila hicieron lumbre y calentaron el café que llevaban ya preparado.

Catáronle en la única taza que había para ello, uno tras otro, los cinco cazadores, echaron sendos tragos de *sotol á pico de botella*, y cada cual requirió su correspondiente armamento.

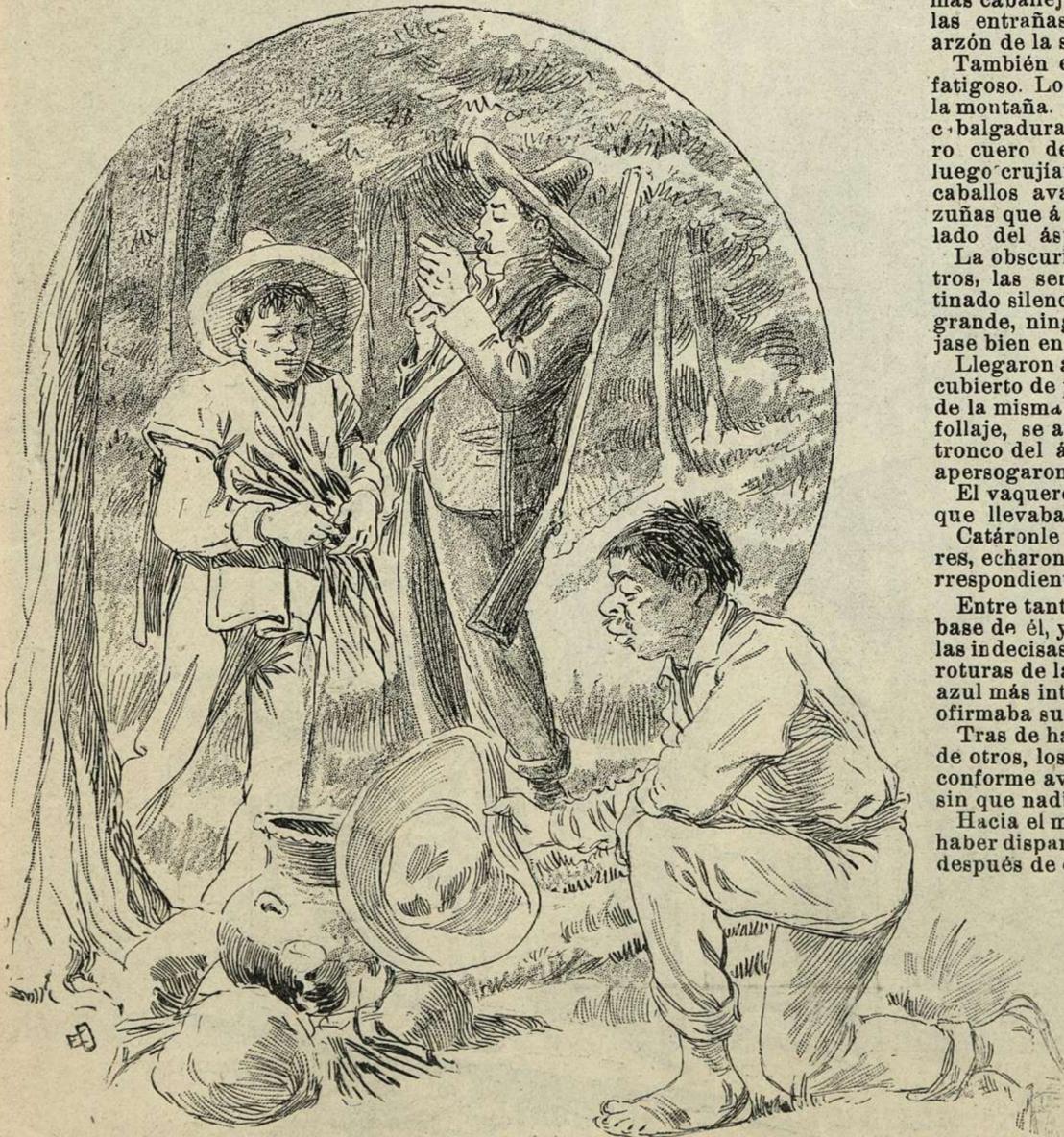
Entre tanto iba amaneciendo. La niebla que se tendía inmóvil en el valle, alzábase de él, y, rota en girones, volaba, cambiando continuamente de forma, hacia las indecisas lejanías. Las cordilleras opuestas, destacándose á trechos, por las roturas de la bruma, sobre trozos de limpio horizonte, parecían pinceladas de azul más intenso en otro muy pálido, y las lomas y cerros donde la montaña afirmaba sus bases, semejabán montesillos de pardos pedruzcos.

Tras de haber convenido en partir en la misma dirección y á distancia unos de otros, los héroes partieron; pero á muy poco andar comenzaron á acercarse conforme avanzaban, y acabaron por reunirse y caminar en amor y compañía, sin que nadie protestase de semejante infracción á lo convenido al partir.

Hacia el medio día volvieron al rancho despeados, sudorosos y jadeantes sin haber disparado sus armas: circunstancia que los envalentonó de tal modo, que después de comer con no escaso apetito y de vaciar seis botellas de cerveza y una de tinto por barba, hablaron de nuevo de espantosos peligros y grandes hazañas.

Repitieron la correría en la tarde.... "Aunque molidos y maltrechos, á ello habían ido, y si querían salvar el honor era preciso volver, cuando menos, con un gato montés."—Tanta animosidad tenía por causa: en unos, la recóndita suposición de que las fieras de aquellos parajes estaban solamente en la imaginación del embustero hacendado, y en este, la convicción neta de ello.

Y así fué ciertamente. Cuando el sol ya caía, y sin haber avisado ni la más ruin pieza de caza, tomaron la vuelta alegres y verbosos. El terrateniente se admiraba de no haber encontrado ni un mal leopardo entre aquellos peñascos donde tantísimos osos había él matado, y achacaba el mal éxito de la batida á la in-



experiencia de sus compañeros que caminaban riendo y charlando.

Al cabo avistaron la cumbre del rancho; dispóseles cierto recelillo que aún les andaba por dentro, y soltaron el freno a la lengua.

"¡Qué cansados ni que *trastajo!* Al rancho á echar un taco, en seguida á la hacienda, y á la madrugada en Villarrobles. . . . Si nada habían matado, la culpa no era de ellos. . . ."

De pronto, al trasponer una cumbre, un bulto negro removi6se bufando entre los chaparros. . . . Un oso, sin duda. . . . Y los cinco cazadores, en voladora carrera, sin acordarse de que iban armados, espinándose los piés y desgarrándose la ropa en los pinchos de los mezquites, llegaron ahogándose al rancho.

Sentáronse sofocados en torno á la lumbre, y sin osar á mirarse á la cara, se callaron los cinco. También en silencio tomaron un bocado y echaron un trago.

Los vaqueros se sonreían á hurtadillas. Se dispuso la marcha. Dieron trazas los mozos de alistar las bestias, y al volver uno de ellos con los caballos, dijo á los silenciosos cazadores, con el aire distraído y el acento pausado, habituales en la gente del campo:

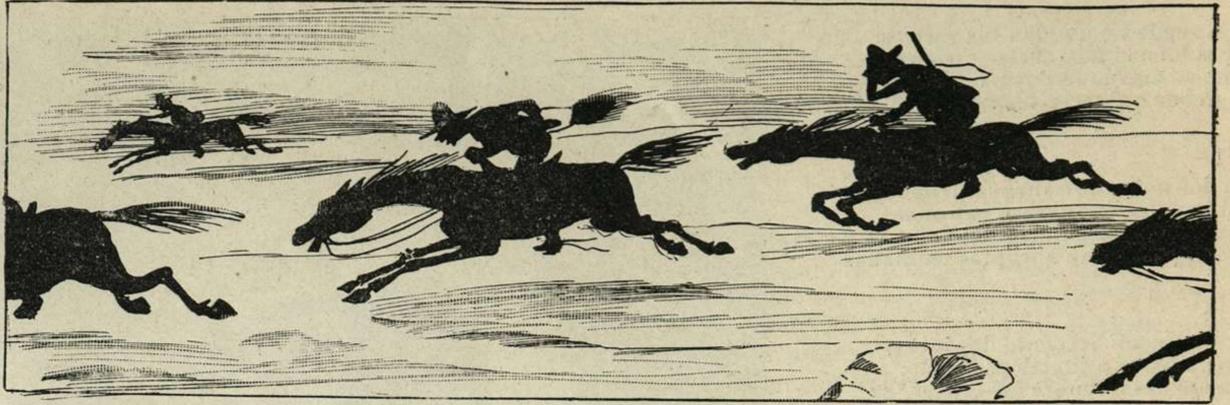
—Se soltó la mula. . . Ya fueron á traerla. . . .

—¿Anda muy lejos? —preguntó el amo.

—No señor. . . . Allá anda en aquella ceja. . . . Dende aquí se devisa.

Volvieron todos la cara, y en efecto, se veía algo negro á que ya se acercaba el vaquero, en el punto mismo en que ellos rompieron la desafortada carrera.

Nadie habló. Volvió á la reata la descarriada mula, y pusiéronse todos en camino.



Fué éste aburrido y silencioso. Sin perder en la hacienda más tiempo que el indispensable, tomaron la ambulancia, y dando cabezadas y lanzando ronquidos que cortaba á lo mejor un recio salto del coche, al amanecer, entraron triunfantes en Villarrobles

III

La noche de ese mismo día se reunieron, como de costumbre, en la *Botica*. Fué encarrilándose la conversación; apuntó tímidamente el primer cuento de

aventuras; salió á plaza entero y verdadero, brotó valerosamente el segundo; luego el tercero, después cuarto. . . . y el eximio hacendado se levantó despacio, sacó el pañuelo de cuadros rojos y amarillos, se refregó con él los ojos y las narices, y tras de dar el sempiterno paseito, dijo con voz misteriosa y ponderativa:

—Pero no como lo que á mí me sucedió una vez. . . . Figúrense que. . . .

J. GARCÍA RODRÍGUEZ.

LA ULTIMA HORA.

Al amanecer un hermoso día de Abril del año 2000 de la Era Cristiana, el ruido agudo y estridente de una fanfarria vibrará en los aires, por sobre la tierra envejecida, y despertará los ecos de todas las cavernas y sacudirá las frondas de todos los bosques, mientras que cintilan en el firmamento los astros, sin que logre apagar su brillo la llamarada de fuego de la aurora.

De pronto en la tierra y el cielo de los continentes se realizará extraño fenómeno: del suelo y de las nubes surgirán y se desplegarán inmensas miriadas de seres revestidos con insignias humanas, y esta ola será absorbida en aspiración potente y continua por un punto fijo del Oriente terrenal.

Esto será como un enorme vértigo.

Por las llanuras y los ríos, por las vertientes de las montañas bajo la ojiva de las selvas y bajo la nieve de los cielos, entre los flancos de los valles y en el aire glauco de los océanos, desfilarán ejércitos innumerables milagrosamente animados de una velocidad de ensueño, y los horizontes se ensombrecerán á su paso y los países enteros se precipitarán en pos como mares ondulantes.

Cohortes no menos fantásticas por su aspecto que por su infinita muchedumbre, caminarán en grupos homogéneos, unidos por épocas y por castas, pero todos marchando con las cabezas inclinadas y en un silencio pavoroso. . . . Y así pasaran los hombres de las primeras edades—rocas gigantescas—y los de la decadencia—pálidas floraciones

Así pasaran los tiranos con sus mantos de púrpura, y sus generales cargados de enormes tizonas, así pasaran los mártires coronados de espinas y sus jueces vestidos de luto y sus verdugos chorreando sangre. . .

Así pasaran los vagabundos, los sacerdotes, los pastores, los marineros los cardenales, y luego los sabios envejecidos en la duda, y los negros desnudos y los antiguos eremitas apoyados en sus cruces, y reyes afiligranados de oro y sultanes encintados de cambiantes sederías.

Y á la sazón que vayan pasando, se irá desplomando

tras ellos todo cuanto edificaron con sus voluntades ó con sus manos, y no quedará en donde aquellas grandezas fueron más que el vacío y el caos. . . . y la tierra se enfriará.

Allá abajo, en los límites brumosos de Jericó, al arrullo del Jordán rumoroso, frente á la áspera Judea de Moab. Dios verá cómo acuden de la Nada aquellas inagotables peregrinaciones.

Y las verá y sonreirá melancólicamente ante las vírgenes de los cielos congregadas entre el Orbe deslumbrador de su Tribunal augusto, y sus ojos de Infinito contemplarán pensativos el avance de las horas.

Al vibrar la del medio día, los batallones monstruos hábrán cubierto ya como langostas los siniestros valles del Mar Muerto, las colinas de la Ciudad Santa, los desiertos vecinos y hasta las comarcas de la Siria; y sólo al declinar el día, cesarán los arcángeles de llamar con sus trompetas de cobre, y entonces ya todas las tribus creadas de generación en generación, estarán reunidas bajo el cielo verde y al fin LA HORA SUPREMA llegará!

. . . . Caerá la noche fresca y pura, y la luna espantada ascenderá engrandeciéndose sobre el desierto para inundar las tinieblas con una límpida claridad de agua

En ese instante, el Eterno Padre se pondrá en pié. Y ante las miriadas y miriadas de ojos fijos en él con desgarradora y harmónica expresión de angustia, hará el trágico juicio final de los hombres. . . . Su voz de ternura de sufrimiento y de clemencia, correrá en alas de la brisa como una música de estrellas; y la eternidad estará suspendida de sus labios y ya no habrá ni tiempo ni espacio y la infinidad de años pasados y futuros se concentrarán en un átomo de segundo.

Y la voz pronunciará una sentencia para cada ser y se verá cómo los hombres fueron malos, egoístas, embusteros, sacrilegos y criminales, y el alma del mundo se descubrirá solemnemente tal como es en su

horror feroz, y se la verá como una llaga abierta ante la faz espantada de los demás mundos, para que pueda meditar en toda su pavorosa fealdad.

A cada sentencia que se pronuncie, un hombre desaparecerá en el éter. Después de haber mostrado el Mal, Dios lo arrojará en la Nada desmembrándolo de sus moléculas; y aquel que había sido una vida, una inteligencia y una fuerza, se desfumará en una llamita azul.

Al apuntar el alba siguiente las miradas fantásticas de la vispera estarán ya evaporadas y toda la tierra devastada quedará desnuda como la llanura de Jericó bajo un cielo sin atmósfera ni calor. Algunos fuegos fátuos se alejarán todavía hacia los espacios, donde otros planetas los esperarán. . . .

El Señor no habrá conservado cerca de él más que unas cuantas mujeres de las que vivieron vida de amor y de lágrimas, algunos profetas de diversas religiones, algunos niños rubios y algunos justos melancólicos. . . .

Jesús á un lado, estará sollozando.

—Por qué? dirá al fin ¿por qué, Padre mio, habéis creado el mal?

—Para que de él brotara, contestará la Divina Voz, el encanto puro del sufrimiento y la gracia celeste de las lágrimas, de que fuiste tú la imagen sobre la tierra.

Después de hablar así, el Eterno Padre rodeado de los suyos se elevará hacia las esferas de la Suprema perfección y la suprema dicha, en tanto que un rocío de lágrimas brotará de todos los planetas enternecidos. . . . Luego á una señal suya, la difunta Tierra, meteoro fugitivo, se deslizará hacia el infinito dejando al partir, una leve huella como la que marcan las exhalaciones, que luego también se apagará. . . .

HENRY KISTEMAECKERS.



ESTROFAS.

En la senda no quedan tus rastros;
Haces bien si mis ansias resistes;
Como se aman, de lejos, los astros,
Así deben quererse los tristes.

Son dos notas que surgen del piano
Y al impulso de fuerzas extrañas,
Muere una entre flores del llano,
Otra expira entre abruptas montañas.

Así somos ¡oh hermosa! dos luces,
Que no basta á juntar el anhelo;
Una apenas alumbrá las cruces
Otra incendia los mantos del cielo.

Nuestro amor ¡una nube! la aurora
Hace en ella del iris alarde.....
Y esa nube después ¡cómo llora
Cuando en sombras la envuelve la tarde!

¿Y seremos felices? ¡quién sabe!
¡Si el amor nos prestara sus galas!
Soy el árbol y tu eres el ave
Ven y plega en mis brazos tus alas!

Volverán las creencias perdidas,
Y la fé, aliviada del frío,
Sanará nuestras grandes heridas
Y seremos dichosos ¡bien mío!

Pero no: por distintos senderos
Caminamos los dos orgullosos.
Así son los amores postreros:
Sin deleites, altivos y unciosos.

¡Haces bien si me ocultas tus rastros!
¡Haces bien si mis ansias resistes!
Como se aman, de lejos, los astros,
Así deben quererse los tristes!

QUIRINO ORDAZ.

DAMAS MEXICANAS.



SRITA. ANA PADILLA, de Guadalajara.

Fotografía de Torres.

DE "PERLAS NEGRAS"

¿Por qué? —Si lo supiera lo diría....
mi núnem es así, pájaro enfermo,
que busca en el misterio la poesía:
ama la nave gótica, la umbría.
los penachos de niebla el campo yermo.
Temprano fué nutrido de amarguras
mi espíritu, y hoy quiere, contristado,
las sombras en que duermen las locuras..
Se cierne como el grifo en las oscuras
soledades del templo abandonado.
Mi núnem es así: Dios lo ha querido!
no me hieras mujer con tu reproche.
¿Te di-gusta mi amor? venga tu olvido,
¡mas déjame que vague confundido
con las almas errantes de la noche!

**

Si, yo amaba lo azul con ardimiento:
las montañas excelsas, los sutiles
crespones del zafir del firmamento,
el piélago sin fin, cuyo lamento
arrulló mis ensueños juveniles.

Callaba mi laúd cuando despliega
cada estrella purísima su broche,
el universo en la quietud navega,
y la luna, hoz de plata, surge y siega
el haz d'espesas sombras de la noche.

Cantaba, si l'aurora descendía
en el Oriente sus rosados velos,
si el aljófár al campo descendía,
¡y el sol, urna de oro que se abría,
inundaba de luz todos los cielos!

Mas hoy amo la noche, la galana,
de dulce majestad, horas tranquilas
y solemnes, la nubia soberana,
la d'espléndida pompa americana:
¡la noche tropical de tus pupilas!

Hoy, esquivo del alba los sonrojos,
su saeta de oro me maltrata,
y el corazón, sin pena y sin enojos,
tan sólo ante lo negro de tus ojos
¡como el iris del buho se dilata!

¿Qu'encanto hubiera semejante al tuyo,
oh noche mía? ¡tu beidad me asombró
yo, qu'esplendores matutinos huyo,
¡dejo al alma que agite, cual cocuyo,
sus alas coruscantes en tu sombra!

Si siempre he de sentir esa mi vida
fija en mi rostro poderosa y tierna,
¡adiós, por siempre adiós, rubia alborada!
doncella de la veste sonrosada,
¡que reine en mi redor la noche eterna!

¡Oh noche! ven á mi llena d'encanto;
mientras con vuelo misterioso avanzas,
nada más para tí será mi canto,
y en los brunos repliegues de tu manto,
su cáliz abrirán mis esperanzas.....

AMADO NERVO.

EL CONVIDADO DE PIEDRA.

Vuestro vino apurad..... Aún no ha llegado
ese huesped funesto
Bebed... Pronto en la mesa el convidado
reclamará su puesto.
Estalle la canción, la loca risa
de notas prolongadas;
cantad, reid, pero reid aprisa.....
¿No escucháis sus pisadas?
De esas flores que aún viven, el aroma
gocemos un instante,
un instante no más, mientras asoma
su pálido semblante.
Los tiernos madrigales al oído
y el chispeante cuento
abreviad... Ya las puertas han crujido
del próximo aposento.
Laura, guardemos para ser felices
la sed no satisfecha.
Déjame, que al través de esos tapices
ya quizá nos acecha....
Me escucháis con burlona carcajada;
despreciáis mis temores,
y decís que defienden esa entrada
leales servidores.
¡Temeraria ilusión! A pesar vuestro
nunca estareis seguros
No hay festín sin el huesped que siniestro
se filtra por los muros.
Mirad... Las flores que la mesa adornan
se mustian lentamente.....
Ya no reís... Los párpados se entornan
con languidez creciente.
De la canción los sonos apagados
vago sollozo imitan....
Los labios pierden su carmín, y, helados,
al beso ya no incitan.
No brotan ya del vaso cristalino
rosadas embriagueces....
El ánfora se agota: toma el vino
el sabor de las heces.
El narrador á terminar renuncia
la historia comenzada....
Las luces palidecen... Todo anuncia
del huésped la llegada.
En nuestros corazones esta sombra
del salón se condensa.
¡Vano placer! Mi labio ya te nombra
Con repugnancia inmensa.
Y si aún tu nombre en el salón obscuro
disipa torvos ceños,
es pensando en aquel eterno y puro
que se adivina en sueños....

El placer por la tierra va de paso,
y el alma lo destruye
si lo detiene. ¿Detendréis acaso
rayo de luz que huye?
Como la noche tras la luz se lanza
en eterno viaje,
sobre las huellas del placer avanza
siniesiro personaje.
Se enlazan como el eco y el sonido
en su volar ligero....
El placer va de paso y perseguido
por triste compañero.
Siempre acude á la cita el convidado;
Jamás faltó á ninguna.
¿Oís? Es el rumor acompasado
De su planta importuna
Por vez postrera nuestras copas llenen
con la turbia ambrosía
¡Levantadlas! Que brillen y que suenen
chocando con la mía.
A ese huesped tiránico y sañudo
hagamos los honores.
No negaban al César su saludo
los fuertes gladiadores.
¡Brindemos con el vino emponzoñado
que nuestra copa encierra:
brindemos, sí, por el placer soñado
que no muere en la tierra!.....
.....
El huesped aparece.... Todo acaba....
Obscuridad y frío,
y sueño, mucho sueño.... Te esperaba....
Ya te conozco: ¡Hastío!

RICARDO GIL.

EN LAS MONTAÑAS

Todo lo enerva la pesada siesta:
En el maizal el céfiro reposa
Y busca la cerúlea mariposa
El húmedo frescor de la floresta.
Al acabar la campesina fiesta
Que en regocijo popular rebosa,
Toda la gente, en procesión piadosa,
Sube y transpone la empinada cuesta.
Cesa el petardo de atronar el viento,
Acalla el campanario su alegría
En el fondo del valle soñoliento,
Y repitiendo va la serranía
El són del tamboril, pausado y lento,
Y el llorar de la triste chirimía.

RAFAEL DELGADO.

Pintura de Rembrandt.

A una desdeñada.

I.
—... Sí, pobre amiga; prefirió el obscuro
rincón de su taberna, del que un día,
ébrio á la vez de vino y poesía
se alzó tambaleante é inseguro:
hincó la mano trémula en el muro,
sacudió la cabeza, hosca y bravía,
y pasó por sus ojos todavía
la luz de un verso misterioso y puro.
Fué un soñador neurótico y divino,
que alumbró el matorral de su locura
con la lámpara de iris de Aladino,
y prefirió á tu amor y á tu hermosura,
la embriaguez luminosa de su vino,
su viejo vaso y su taberna obscura.

II.

Tú muchas veces le llamaste.—En vano
apareció en su noche tu belleza,
y se inclinó tu trágica cabeza
hasta besar el dorso de su mano.
Tu frenesí le pareció liviano,
tu desnudez olímpica, impureza,
y se volvió á mirar á la Tristeza
y á sonreír al Ideal lejano.

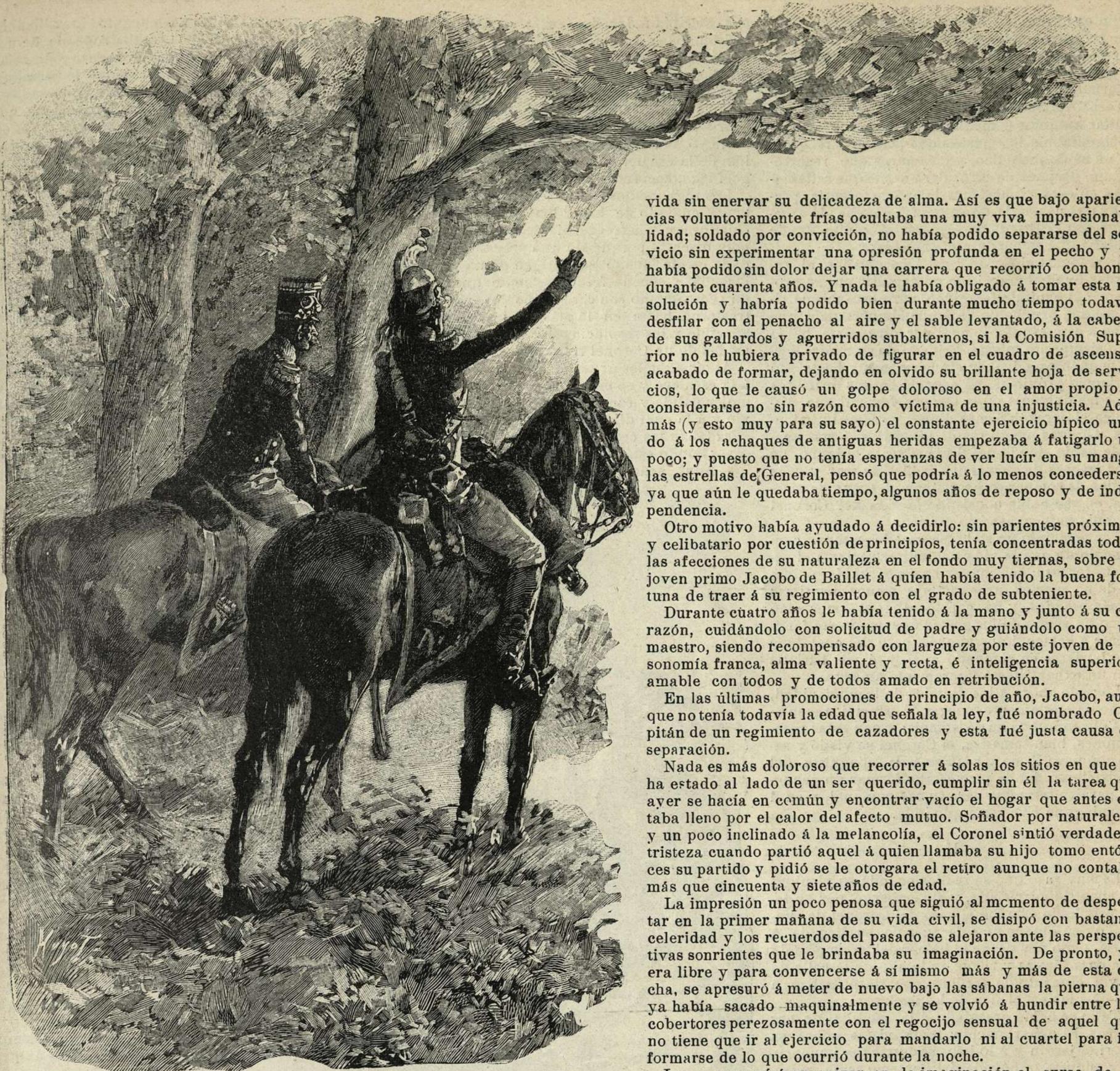
Se puso en pié para morir, y quiso
como inviolada nieve de la altura,
mostrar su sueño, blanco é impreciso,
y prefirió á tu amor y á tu ternura
su artificial y extraño paraíso,
su antigua copa y su taberna obscura!

LUIS G. URBINA.

MI FUENTE

Al pié de la inocente y escondida
Mística choza en que rodó mi cuna,
Sus ondas derramando una por una
Rueda mi fuente entre el verdor perdida.
Cuántas noches mirando repetida
En su cristal á la naciente luna,
¡Quién tuviera, exclamaba, la fortuna
De ir en el mar por la región tendida!
Quisolo Dios: sobre flotante leño
Y entre las hondas de la mar hirviente
Vé realizarse mi afanoso empeño:
Viendo á Dios en el mar bajé la frente;
Pero ahora en el mar, tan sólo sueño
Mi humilde, y dulce, y sonora fuente.

LUIS G. ORTIZ



DEMASIADO TARDE....

NOVELA ORIGINAL DE H. DU PLESSAC.

ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 1

I

Cuando el Coronel de Veraz despertó aquella mañana en un cuarto de hotel, precisamente á las cinco como era su costumbre invariable, la primera impresión que sintió fué la de que para él, algo había cambiado el mundo.

Y pensaba en esto con un sentimiento de orgullo que de seguro era excesivo, pues todo en la mecánica terrestre marchaba como de ordinario sin que perturbación alguna interrumpiera ó desviara la plácida armonía universal; lo que sí resultaba cierto de todo punto si se estudiaba el caso, era que en la vida del Coronel de Veraz se había verificado un cambio muy grande, lo que explica, sin excusarla, la generalización que quería hacer de su caso particular.

Sucedió pues que la víspera, después de la llegada de los documentos oficiales en que á petición suya se le concedía retiro anticipado, puso en manos del jefe inmediato el mando de su brillante regimiento de húsares. Los soldados en formación oyeron la lectura de la orden del día en que se hacía constar esta resolución gubernativa; los oficiales obsequiaron á su antiguo Coronel con un banquete en que abundaron los brindis y los abrazos de despedida, y al caer la tarde, Mr. de Veraz tomó el tren para París donde desde entonces y para lo sucesivo iba á fijar su residencia con el propósito de llevar una vida burguesa y tranquila.

Todo lo cual no había pasado sin emociones vivas para el Coronel que era más sensible de lo que á primera vista parecía, pues una gran elevación de pensamientos y costumbres instintivamente elegantes, le había permitido atravesar por la

vida sin enervar su delicadeza de alma. Así es que bajo apariencias voluntariamente frías ocultaba una muy viva impresionabilidad; soldado por convicción, no había podido separarse del servicio sin experimentar una opresión profunda en el pecho y no había podido sin dolor dejar una carrera que recorrió con honor durante cuarenta años. Y nada le había obligado á tomar esta resolución y habría podido bien durante mucho tiempo todavía desfilarse con el penacho al aire y el sable levantado, á la cabeza de sus gallardos y aguerridos subalternos, si la Comisión Superior no le hubiera privado de figurar en el cuadro de ascensos acabado de formar, dejando en olvido su brillante hoja de servicios, lo que le causó un golpe doloroso en el amor propio al considerarse no sin razón como víctima de una injusticia. Además (y esto muy para su sayo) el constante ejercicio hípico unido á los achaques de antiguas heridas empezaba á fatigarlo un poco; y puesto que no tenía esperanzas de ver lucir en su manga las estrellas de General, pensó que podría á lo menos concederse, ya que aún le quedaba tiempo, algunos años de reposo y de independencia.

Otro motivo había ayudado á decidirlo: sin parientes próximos y celibatario por cuestión de principios, tenía concentradas todas las afecciones de su naturaleza en el fondo muy tiernas, sobre su joven primo Jacobo de Baillet á quien había tenido la buena fortuna de traer á su regimiento con el grado de subteniente.

Durante cuatro años le había tenido á la mano y junto á su corazón, cuidándolo con solicitud de padre y guiándolo como un maestro, siendo recompensado con largueza por este joven de fisonomía franca, alma valiente y recta, é inteligencia superior, amable con todos y de todos amado en retribución.

En las últimas promociones de principio de año, Jacobo, aunque no tenía todavía la edad que señala la ley, fué nombrado Capitán de un regimiento de cazadores y esta fué justa causa de separación.

Nada es más doloroso que recorrer á solas los sitios en que se ha estado al lado de un ser querido, cumplir sin él la tarea que ayer se hacía en común y encontrar vacío el hogar que antes estaba lleno por el calor del afecto mutuo. Soñador por naturaleza y un poco inclinado á la melancolía, el Coronel sintió verdadera tristeza cuando partió aquel á quien llamaba su hijo tomó entonces su partido y pidió se le otorgara el retiro aunque no contaba más que cincuenta y siete años de edad.

La impresión un poco penosa que siguió al momento de despertar en la primera mañana de su vida civil, se disipó con bastante celeridad y los recuerdos del pasado se alejaron ante las perspectivas sonrientes que le brindaba su imaginación. De pronto, ya era libre y para convencerse á sí mismo más y más de esta dicha, se apresuró á meter de nuevo bajo las sábanas la pierna que ya había sacado maquinalmente y se volvió á hundir entre los cobertores perezosamente con el regocijo sensual de aquel que no tiene que ir al ejercicio para mandarlo ni al cuartel para informarse de lo que ocurrió durante la noche.

Luego empezó á organizar en la imaginación el curso de la nueva vida: lo primero que había que hacer era buscar una casa y de antemano tenía resuelto hacerse vecino del tranquilo barrio del Luxemburgo. Quería aire, luz, arboleda y calma, y todo esto hallaría en una de esas calles que circundan el gran jardín público que quedaría convertido en su jardín particular.

Y desde mucho tiempo atrás amaba al Luxemburgo, pues desde su época de alumno de San Ciro (ya habían pasado buenas primaveras) nunca dejaba en los días de salida de venir á dar prolongados paseos á la sombra de los viejos árboles bajo los cuales se sentía como en su casa. Hasta encontró cierto domingo la manera de pasear deliciosamente acompañado, y esto quedó en su memoria como un idilio fresco de juventud y de poesía. Por tales motivos se había formado la resolución de tomar un departamento con vistas á su inolvidable Luxemburgo, departamento que comprendería varias piezas cuyo destino y mobiliario tenía ya bien proyectado, siendo sobre todo la destinada á gabinete de trabajo la que haría sus delicias. A veces nacen tan singulares aficiones en ciertas naturalezas; que se podrían decir motivadas por la ley de los contrastes; instintos originarios comprimidos siempre y que en un momento dado recobran sus derechos: el Coronel, hombre de acción durante toda su vida, no aspiraba sino á convertirse en hombre de reposo y de estudio.

En medio de sus ocupaciones siempre absorbentes, no había cesado de estar poseído por el deseo de leer mucho para su sola satisfacción personal y no había podido nunca abrir un libro sino á la carrera. . . . Prosistas y poetas le atraían sin que hubiese tenido tiempo de responder á esa afición; sobre todo los poetas cuyo divino lenguaje hablaba á su alma siempre joven, no menos que á su inteligencia amiga de lo bello. ¡Cuán grato sería en las mañanas de estío, abiertas las ventanas, contemplar las frondosas arboledas y el cielo azul, y qué bello en las noches de invierno, á la luz de la lámpara y los pies cerca del fuego, conversar con los maestros preferidos en sus libros selectos cuidadosamente coleccionados, y vivir con ellos en dulce intimidad!

Sin embargo, el Coronel saldría con frecuencia: primero por las mañanas para dar una vuelta en su jardín, lo que desde luego debía considerarse como higiénico, y dos ó tres veces por semana bajaría á París. El entendía por París la ribera derecha del Sena donde encontraría en el Círculo Militar antiguos compañeros de armas, y encontraría también los museos que pensaba recorrer de un modo metódico, y los teatros que recorrería uno después de otro. Pero desde que reflexionaba en esas excursiones lejanas, se sentía presa de una nostalgia de su casa y gozaba de antemano con la alegría de regresar al nidito donde contaba que se encontraría tan bien.

Derrepente el Coronel rió á carcajadas al recordar que había omitido un capítulo en su programa: el capítulo femenino, pero esta misma risa era una prueba de la mínima importancia que daba á este asunto, lo cual por otra parte había sido siempre lo mismo. Privado de su madre desde pequeño, educado sin hermanas y hasta sin parientas próximas, no conoció en sus primeros años las dulzuras de la ternura femenil que disponen el corazón á más dulces y gratas intimidades. Algunas aventuras de las cuales la más apacible había sido la del Luxemburgo, alguno de esos amores de guarnición fáciles de atar y más fáciles de romper que terminan al toque de marcha, en eso había consistido la vida del Coronel juzgada bajo su aspecto erótico.

Por principio no se había casado nunca, convencido de que la vida del militar reclama el celibato forzoso; con mayor razón se había cuidado de no caer en otras cadenas menos legítimas y más pesadas, y no consideraba el amor sino como un sueño de los poetas que se presta fácilmente á armoniosos himnos, pero del cual debe uno burlarse en el mundo real, y él se burlaba con un exceptisismo ligeramente amargo.

Llegado ahora á los dinteles de la ancianidad, no podía ciertamente renegar de principios aceptados durante toda su existencia; y con estas resoluciones, bien tomadas, el Coronel se vistió y salió con paso firme y regular á la conquista del alojamiento donde proyectaba formar un pequeño paraíso terrestre para su uso personal, y en el que ninguna Eva sería admitida.

II

Es muy raro que se realice en toda su plenitud un ensueño acariciado, y sin embargo, por un feliz privilegio este fué el caso del Coronel de Veraz, quien quince días después de su llegada á París, pudo ver desde el balcón del tercer piso de una casa blanca y riente en lo alto de la calle de Vavin, el manto de verdura que desplegaban á sus ojos las arboledas de Luxemburgo.

Todo se había arreglado á la medida de sus deseos. El departamento tenía vistas sobre su querido jardín y á lo lejos se destacaba imponente y augusta la bóveda del Panteón; tenía un salón bastante grande que fué transformado en gabinete de trabajo ó mejor dicho, de lectura, donde vastos estantes, llenos á medias, recibían diariamente nuevos libros que el dueño de la casa iba á escojer en una delicada cacería que se había convertido en su pasatiempo favorito. En los muros, armas formando panoplias, recordaban las aficiones de otros tiempos y un ancho sillón cerca de las vidrieras del balcón, permitía al lector leer en los libros de los hombres y en el de la naturaleza que le abrían ampliamente el campo y el cielo.

A los lados de este salón estaban el comedor y el dormitorio, ambos también con balcones que daban sobre el jardín, de tal suerte que cuando se levantaba y se vestía, cuando trabajaba y cuando comía, el Coronel tenía ante los ojos á sus queridos y viejos amigos los árboles. Luego, en el corredor, había una extensa cámara preparada para cuando Jacobo viniera y más lejos estaban los cuartos destinados al servicio. Todo esto era sencillo, pero amueblado con esa solícitud que indica de parte del dueño el deseo de encontrarse agradablemente en su casa y estaba cuidado con la limpieza metódica del cuartel por un antiguo húsar que había sido largos años asistente del Coronel y ahora era su ayuda de cámara.

Todo el piso de la casa le pertenecía con excepción de un pequeño departamento á cuyo locatario ni conocía ni se cuidaba poco ni mucho de conocer.

La vida del señor de Veraz, había quedado reglamentada conforme á su soñado programa: leía, paseaba, veía de tiempo en tiempo á algunos ami-

gos, escribía á Jacobo largas cartas en las que continuaba su educación militar y no oía nunca hablar de mujeres ni tenía de ellas más noticias que las que les daban los libros con lo cual le era perfectamente feliz.

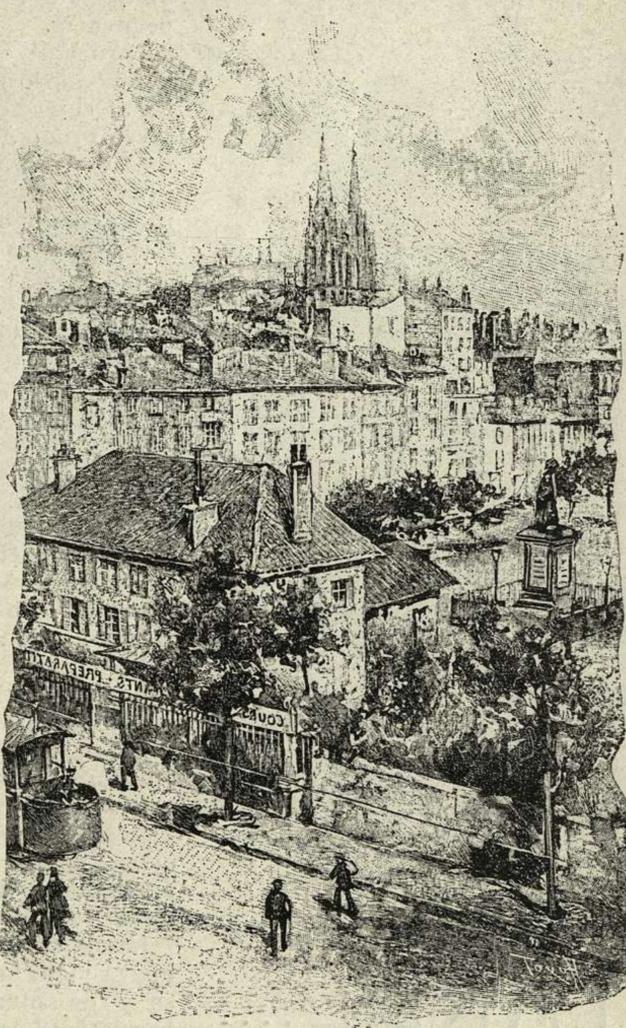
Pues bien, una tarde cuando estaba á punto de salir para su acostumbrado paseo el señor de Veraz, oyó de improviso gritos penetrantes que salían de la escalera: una voz medrosa decía «fuego, fuego, socorro, auxilio!»

Los reglamentos de policía previenen que se tenga cuidado de hacer limpiar los tubos de las chimeneas con la frecuencia necesaria; prevención muy discreta porque sin esta precaución el fuego de la estufa puede ser origen de un verdadero incendio y sucede frecuentemente que incendia otra cosa que no son casas ni boulevares, sino que trastorna hasta en lo más radical el programa apacible y las resoluciones vigorosas y bien afirmadas de un Coronel retirado.

Al oír aquellos gritos el señor de Veraz, corrió á la escalera y se encontró en presencia de una mujer pálida y espantada que de pronto casi no vió y á la cual dijo con brusquedad, pues no le agradaban las ceremonias.

—¿Dónde está su fuego de usted?

—Aquí, señor, en mi casa; ruego á usted que



venga en mi ayuda, respondió la mujer, entrando á sus habitaciones seguida del Coronel.

En la chimenea el fuego rugía, en efecto, de una manera espantosa, pero el Coronel observó desde el primer golpe de vista que no había ningún peligro real, y ayudado por el húsar que había corrido tras él, tapó la chimenea con lienzos mojados y en unos cuantos minutos quedó conjurado este microscópico siniestro, aunque no lo quedaron ¡ay! todas sus consecuencias.

Cuando el Coronel concluyó su tarea de salvamento, debió sin tardar despedirse y tomar la puerta, puesto que no había otra cosa que hacer, pero no lo hizo así, sino que pasado el peligro, creyó de su deber como hombre bien educado, tranquilizar con algunas frases de política y atención á la pobre señora conmovida aún y para hablarle (aquí estuvo todo el mal) la vió.

Por despreocupado que pretendiera ser en cuestión de mujeres y por acorazado que se considerara contra todo ataque femenil, el señor de Veraz era hombre de gusto y amigo de lo bello en todas sus manifestaciones, y por consiguiente le fué imposible no admirar lo que era realmente admirable y contempló á su vecina con más entusiasmo que prudencia.

No era linda pero era bella, con una belleza que parecía hasta severa según la pureza de las líneas y la perfección de los contornos, pero que se dulcifica adorablemente con el brillo de una

gracia atractiva y de un encanto inexplicable. Su frente tersa y blanca estaba rodeada de una selva de cabellos de un rubio obscuro que caían por las sienes en cascadas de rizos indisciplinados, descubriendo unas orejas tan sonrosadas y minúsculas, tan delicadamente modeladas, que se diría que fueron creadas no más que para oír palabras de amor. La joven (apenas tendría veinticinco años), sonreía ahora tranquilizada, y su boca, de exquisito dibujo, se contraía en cautivadora sonrisa iluminándose toda aquella cara deliciosa con la luz de unos grandes, muy grandes ojos de azul sombrío. Era alta y su conformación maravillosa anunciaba una naturaleza rica y llena de savia; tenía á pesar de su modesto traje blanco, sin adorno alguno, tanta elegancia nativa que parecía vestida en traje de gala. Todo era en ella atractivo, juventud, fuerza y distinción.

De la habitante las miradas del Coronel pasaron á la habitación, nidito bastante estrecho, bastante modesto y poco digno por su riqueza del encantador pajarillo que abrigaba, pero en armonía con él, sin embargo por su arreglo discretamente coqueto y seductor en su sencillez.

Mil pequeñas nonadas, algunas miniaturas de familia, agrupadas en un velador artísticamente adornado de peluche, vasos de flores en que con mano hábil y gusto exquisito se reunieron las clases y colores más delicados, *bibelots* esparcidos en un desorden combinado, un piano de famosa marca en un rincón con una partitura clásica en el atril, un escritorio donde se redactaba de seguro una correspondencia que ya quisiera uno recibir, todo, desde el reloj pequeño de pared que representaba un niño con el dedo en los labios como para imponer silencio, hasta las cortinas rosadas de las ventanas que tamizaban una luz hecha para el ensueño, hasta la alcoba que permanecía abierta en medio del desorden y que dejaba ver las colgaduras azules y blancas que envolvían el lecho con discreto misterio, todo en la casa como en la mujer, respiraba gracia elegante y delicada.

La conversación entre salvada y salvador, fué necesariamente banal, particularmente de parte del Coronel que estaba turbado de un modo muy singular por impresión tan desacostumbrada que acabó por decidirlo á ponerse en fuga.

En actitud de franqueza y confianza, la vecina le tendió con reconocimiento una mano aristocrática que él contra sus costumbres, no pudo dejar de estrechar más de lo que permiten las conveniencias sociales, y luego bajó la escalera sin darse exacta cuenta de lo que pensaba.

Maquinalmente se detuvo frente al cuarto del portero que era un honrado viejecito, y bajo el pretexto del incendio de la chimenea, le pidió algunos informes acerca de la vecina.

—La señora de Letellier, exclamó el portero, oh! inmejorable persona que mucho se da á querer.

—La señora de Letellier, repitió el Coronel, como para grabarse bien el nombre en la memoria; pues qué ¿es casada? ¿tiene un marido?

—No, mi Coronel, gracias á Dios no lo tiene ya... Murió hará unos diez y ocho meses el muy bribón, después de haberla hecho sufrir sin piedad. ¡Que el diablo cargue con su alma! Le gastó toda su fortuna con pillos y entretenidas... ¿Puede comprenderse eso con una mujer semejante? Y apesar de eso, ella que es tan buena como bella (lo cual no es poco decir) un ángel de Dios... ¿creería usted lo que voy á referirle? Pues luego que su marido la abandonó, se refugió aquí, porque ha de saber usted que la esposa del propietario fué su condiscípula en el colegio, y se dedicó á trabajar de día y de noche como lo hace hasta ahora, dando lecciones de piano, lo cual apenas le produce lo necesario para comer. Pues bueno: por entonces, su condenado marido venía y le armaba riñas para que le diera el dinero que ganaba, y ella ¡pobrecilla! se lo daba, Coronel, se lo daba! Y el muy bribón lo despilfarraba en sus vicios. Figúrese usted que cuando cayó enfermo de muerte, la mandó llamar y esta mártir infeliz fué... ¿á dónde piensa usted? á casa de la querida! Pues no abandonó á su esposo sino en el cementerio...! Al fin ahora ya está tranquila, aunque su posición no sea nada desahogada. Mi mujer es quien la ayuda por las mañanas en las haciendas de la casa... gran casa! dos piecitas, ella que ha tenido castillo, carruajes y treinta y seis criados! ¡Deveras que hay hombres canallas y sinvergüenzas!

Sin embargo de que el Coronel no era nada

aficionado á los discursos largos, hay que creer que la elocuencia prolija del portero no le importunó ni un poco, pues le escuchó sin parpadear y luego le dijo:

—Seguramente esta señora tendrá amigos que se interesen por ella y la vengan á visitar á menudo. . . .

—Oh! no, señor Coronel, ya sabe usted lo escasos que son los amigos cuando uno está en la desgracia! La esposa del propietario suele venir de vez en cuando, luego otra señora, luego dos ó tres caballeros de los cuales uno viene con más frecuencia que los otros y eso es todo.

Sin saber por qué el Coronel frunció el entrecejo y se alejó bruscamente diciendo al portero un «adios y gracias» seco é irritado.

Acababa de probar una impresión extraña: las palabras del portero le habían hecho la impresión de un garrotazo en la cabeza. . . . ¡Un señor que viene con más frecuencia que los otros! Esta frase venía á su espíritu con la rudeza de una injuria.

Maquinalmente entró al Luxemburgo pero con paso seco y acelerado como si fuera á la batalla y no con su lentitud acostumbrada de paseante en cortes. Llegó siempre malhumorado y violento bajo las galerías del Odeon, donde por rutina hojeó algunos libros, rechazándolos luego, apesar de las obsequiosas instigaciones de los libreros. Después la emprendió directamente hacia los muelles, atravesó el Carrusel, subió por la Avenida de la Opera y llegó al Círculo Militar y una vez allí sin entrar, dió una media vuelta y tomó bruscamente el camino del Luxemburgo.

Y qué? Coronel de Veraz. ¿Usted tan imbuído en el principio de que la mujer no debe significar nada en la vida de un hombre formal; usted que muy pocos días antes excluía de su programa este elemento perturbador, está tan conmovido por haber visto durante unos cuantos minutos á una mujer, mientras ardía la chimenea de su casa?

Esta emoción extraña era muy real sin embargo; y siempre franco consigo mismo el Coronel no trató de disimularla aunque hacía esfuerzos por meterla en análisis á fin de combatirla con posibilidades de éxito. Pero no veía claro en su interior. ¿Lo había flechado la señora de Letellier? Y cómo? ¿Por haberla visto despavorida algunos instantes y haberle prestado un servicio vulgar? Es posible que hubiera sufrido el golpe de ese rayo de que había oído hablar tantas veces, burlándose de los que lo recibían. Pase que un subtenientillo inexperto ó un capitán desequilibrado, cayeran en la trampa. . . . pero un Coronel retirado! y sobre todo él que estaba imbuído en tan sólidas teorías y en principios tan fijos. . . . No . . . pues él no había sido insensible á los encantos de su vecina y hasta se acordaba con cierta severidad de haberla tratado de un modo un poco libre y familiar.

Pero con todo y eso, había un camino sencillísimo para cortar por lo sano dando al traste con preocupaciones y escollos: no volverla á ver. Al fin el incendio no se declararía todos los días en la chimenea y no había motivo alguno para estrechar aquellas casuales relaciones de un momento. . . .

Pero esta discreta resolución le causaba una impresión penosa y le parecía estar viendo aún el cuadro encantador de la joven sencilla y graciosa en su habitación modesta y delicada. Sin embargo mentalmente daba un valeroso adiós á esas ilusiones, cuando tornó á su memoria la frase del portero relativa "al señor que venía con más frecuencia que los otros: ¿Quién era ese señor? ¿Un pariente, un hombre de negocios, un antiguo amigo de la familia? Pero y si en vez de eso fuera. . . . Entonces montó en cólera contra este desconocido y sentía como una angustia, como un dolor ante la idea de que la mujer que se le había aparecido con una aureola de pureza y honradez, podía muy bien ser un ángel. . . . caído.

Era preciso averiguarlo! En caso dado, él defendería con la autoridad que le daban los años á su vecina pobre, aislada, expuesta á las acechanzas de cualquier atrevido. Esta resolución generosa echó el ancla en su espíritu y un papel así, desinteresado le sonreía y no presentaba peligro



alguno para un hombre acorazado como él, sin pensar en que toda coraza tiene sus defectos y no presenta resistencia suficiente contra los celos predecesores del amor.

Y tan es cierto esto que vuelto á su casa el Coronel, dando al traste con sus proyectos caballescicos se plantó frente á un espejo, pasó con actitud enérgica la mano por sus cabellos, se atuzó el rico bigote, tendió la pierna de un modo presuntuoso y respondiendo á un pensamiento muy íntimo, exclamó:

—Y después de todo. . . . ¿por que no?

Después de lo cual comió con buen apetito, hizo intenciones de leer un rato sin fijarse ni aún en el número de la página que tenía frente á los ojos, se acostó temprano y vió entre sueños una muchedumbre de amorcitos pequeñuelos y barrigudos ostentando cascos de bomberos y ocupados en asar corazones en el fuego de una chimenea incendiada.

III

La señora de Letellier no soñó ni con bomberos ni con húsares, pero al otro día, muy dueña desí misma, sin preocupaciones ni turbación, pensó en que tenía un vecino simpático y distinguido con el cual no le sería ni un poco desagradable entablar amistosas relaciones.

Por la portera, su única sirvienta, ella había averiguado el rango y el nombre de su vecino y en la corta entrevista tenida con él, pudo apreciarlo como un hombre de la mejor educación.

Así pues, fué no solamente sin espanto sino con alegría como la joven pensó introducirlo al pequeño círculo de su sociedad, y en tanto que sacudía con un coqueto plumerito sus chucherías de tocador, pensaba en que algo tienen de bueno los incendios de las chimeneas.

La vida había sido severa con Gabriela Silvia de Ravel: rica, muy solicitada, bella siempre, llevó sus veinte años su gran dote y su corazón al señor Letellier, después de unos amoríos novelescos, sufridos pero no aprobados por sus padres. El tal Letellier carecía totalmente de bienes de fortuna y (lo que era más grave todavía) era tan carente de dinero como de cualidades morales. Al principio no dió á conocer sus inclinaciones y hasta parecía sinceramente enamorado de su encantadora mujer, pero pasado un poco de tiempo de adoración mutua, comenzó á extrañar su antigua vida de soltero y se imaginó que sería muy grato volver á llevarla ayudado de elementos pecuniarios que en el pasado no había tenido. Aban-

donaron la mansión meridional, testigo de la única época dichosa del matrimonio, y vinieron á instalarse en París, donde en breves días las mujeres perdidas, el juego y la Bolsa, dieron fin al dinero de Silvia.

Ella conoció la magnitud del desastre por dos hechos simultáneos: el embargo de todos sus muebles y un corto billete de su marido en el que le avisaba que partía para un viaje de indeterminada duración. Este viaje, por otra parte, no fué muy lejano, sino sólo á la calle de los Mártires á un entre-suelo muy emperegilado y del cual una tal Zibelina (por apodo *la Perdiz roja*) era la inquieta habitante.

La señora de Letillier lloró mucho, empeñó sus joyas más queridas, y se refugió en la vividita de la calle de Vavin, y procuró como mujer valerosa que era, ganarse la vida cumpliendo sus deberes de mujer honrada. La inocente y pobre joven creía que eso iba á ser muy fácil sin sospechar que en la organización actual de la sociedad, si es bien difícil á un hombre resolver el problema de no deber su subsistencia más que al trabajo y la probidad, esto se vuelve casi imposible para una mujer joven y bella que por golpes del infortunio ha caído de una elevada posición.

Y no es que se le hubieran cerrado todas las puertas á que acudía, sino que muy pronto adquiría la convicción de que la apresurada benevolencia de que era objeto tenía un precio, y ese era el de sus encantos que precisamente eran la causa de esos apoyos inaceptables y la alejaban del sistema de vida que deseaba. "Es usted demasiado elegante, querida mia," le respondía una caritativa dama de quien solicitó amparo, sin pensar en que precisamente por economía la pobre abandonada usaba á diario los restos de su antiguo esplendor.

"Ninguna familia aceptaría á usted para institutriz ó dama de compañía, porque es usted demasiado linda" le decía una vieja aristócrata perpetuamente rabiosa de su propia fealdad.

Quiso hacerse dependiente de algún almacén y se la rechazó por carecer de aprendizaje mercantil; cajera, y sus conocimientos en contabilidad no bastaron; modista, y se la creyó demasiado fina para un trabajo rudo. Nada. . . nada! . . . Los parientes la abandonaron desde que se casó. El único bueno y cariñoso, su padre, había muerto y su madre no se ocupaba de ella más que para reprocharle perpetuamente su falta. Una prima millonaria le envió cierto día quince francos en un exceso de inconsiderada generosidad.

¡Cuántas veces sintió impulsos de rebelión esta pobre alma ofendida, humillada, estropeada incensantemente! ¡Cuántas veces la desesperación vino á enloquecerla! Pero resistió á todo, enérgica, honesta y pura; y ante las tentaciones malsanas del oro que se hacía pasar á torrentes por sus ojos, y ante el fantasma del suicidio condenado por sus convicciones religiosas, permaneció valiente, altiva é intacta.

La amistad vino en su ayuda y la salvó: el marido de una de sus compañeras de infancia, medianamente educado, charlatán, pero de buen corazón, adusto y con raras dotes de actividad, se propuso buscarle discípulas de piano. Ella no sabía gran cosa, á lo menos en la parte teórica, pero como era muy inteligente pronto aprendió al mismo tiempo que enseñaba y luego además de las lecciones aisladas obtuvo la dirección de la clase de música en un colegio, quedando así asegurada la vida material.

Su marido reapareció entonces para abrumentarla con peticiones de dinero á las cuales ella por lo común respondía de un modo favorable hasta que al cabo este perdulario hizo á la pobre mártir el único servicio que podía hacer: morir.

Tranquila en cuanto á su posición material, pero cruelmente decepcionada de la vida, Silvia, se refugió en sí misma, desdeñando á su vez á la sociedad que la había repulsado ó acojido con frialdad, y creía de buena fe que su corazón estaba cerrado para siempre al amor, que tan cruel fué con ella, pero lo abrió todo entero á la amistad que concentraba, como único fin de su vida sentimental, en un círculo de fieles bien elegido, muy poco numeroso pero muy seguro. De ese

modo, su naturaleza expansiva encontraría empleo para los raudales abundantes de ternura que brotaban de su alma, ternura que ella se negaba á designar con su nombre verdadero.

Su temperamento insinuante, ardoroso como el sol que la había visto nacer, las condiciones de su vida aislada, la energía de carácter de que había dado pruebas en circunstancias dolorosas, y la confianza que tenía en sí misma, le daban un aspecto un poco libre, una fisonomía conquistadora que habrían inquietado á censores austeros y que chocaban de vez en cuando, con las leyes de la etiqueta y del bien parecer.

¿Pero á ella qué le importaba? No tenía comunicaciones más que con amigos verdaderos que la conocían y apreciaban en lo que valía; y con la conciencia tranquila, apoyada en sus instintos de honradez sabía pasar victoriosa sobre todos los peligros.

Muy sencilla y muy francamente la señora de Letellier se dijo á sí misma, que le agradaría que el Coronel de Veraz volviera á verla, y como volvió justamente ese mismo día, bajo el falaz pretexto de saber si la emoción de la víspera la había fatigado, Silvia lo recibió con cordialidad exenta de toda afectación é hipocresía.

El Coronel comprendió que se le aceptaba entre los iniciados, y que el portero podía añadir su nombre á la lista de los visitantes ordinarios de su vecina, y aún se prometió rivalizar en un futuro no muy remoto con «el señor que venía más frecuentemente que los demás.»

En efecto, al cabo de un mes venía diariamente á las cinco de la tarde, á charlar una hora con la hermosa viudita ó á oírle tocar el piano, y se dejaba llevar con una perfecta simplicidad y buena fé á la dulzura de esas relaciones, de las que nada turbaba la pureza ni en lo más íntimo de sus pensamientos.

Y no pensaba ya casi en aquella exclamación que le había brotado el día que la conoció: «Y después de todo ¿por qué no?» pues Silvia le había revelado lo que él no conocía ni había conocido nunca: la suave impresión de la verdadera mujer graciosa y alegre, buena y casta. Su amistad era, pues, sincera, intensa, pura, (así lo creía á pié juntillas el Coronel) una amistad como de antiguos camaradas.

Sus ideas, sus sentimientos, sus aficiones concordaban en todo. Silvia se entusiasmaba al relato de las batallas del veterano y él se asombraba con ciertos trozos musicales que ella interpretaba divinamente con su alma sentimental y tierna. Vehementes los dos y un poco casados con sus opiniones, tenían á veces algunos choques pero que luego se traducían en aproximación, y terminada la querrela, ambos se apercebían de que habían dado un paso más en el camino de su intimidad.

Marchaban, pues, en esta vía peligrosa, con una igual y perfecta seguridad. Silvia honrada hasta el punto de no comprender su imprudencia, y pensando que el amor ya no podía existir en el mundo ni menos en ella ni para ella, y el señor de Veraz convencido de que había llegado al colmo de sus ambiciones, puesto que era amigo de su encantadora vecina.

Durante una de esas entrevistas, tan inocentes como peligrosas, un campanillazo vibró en la puerta. La señora de Letellier fué personalmente á abrir, y lanzó tal grito de alegría que el Coronel se volvió alarmado, precisamente en momento oportuno para ver á un recién llegado que besaba en ambas mejillas con un buen beso, franco y sonoro á la dueña de la casa.

Este espectáculo le desagradó soberanamente. Silvia vino con los ojos irradiantes y dijo muy animada.

—Querido Coronel, le presento á usted á mi excelente amigo Leotardy que estaba ausente desde hace tres semanas y que al fin vuelve al redil.

Encantado de sus relaciones con la señora de Letellier el Coronel no había vuelto á tomarse la pena de pensar en «el señor que venía con más frecuencia que los otros,» nunca lo había encontrado en la casa y su aparición súbita (porque no dudaba ni un sólo instante que este era el amigo privilegiado) le causó una impresión dolorosa agravada por la recepción entusiasta que le hizo Silvia.

Se limitó por consiguiente á inclinarse con una frialdad acompasada, y fijó en Leotardy una mirada que nada tenía de tierna.

Era este un buen muchacho, robusto, de unos cuarenta años con los cabellos demasiado bien

peinaditos, los bigotes retorcidos, la piocha terminada en punta, el aire jovial y las maneras bastante comunes. Tendió la mano al Coronel sin vacilar con más expansión que galantería, y el señor de Veraz la tocó con el entusiasmo del perro á quien se obliga á chicotazos á atravesar un arroyo.

—Coronel, añadió Silvia, á quien esos detalles no se le escaparon, Leotardy ya le conoce á usted mucho por todas las últimas cartas que le he escrito.

Esto lastimó al Coronel más hondamente todavía. De seguro que la intención de la señora Letellier había sido de lo más sana del mundo al pronunciar las frases que pronunció con tanta naturalidad y sencillez, pero la familiaridad del tratamiento dado al recién venido y la noticia de que había estado sosteniendo correspondencia epistolar con la viuda, completaron la mala impresión moral sufrida por el señor de Veraz á tal punto, que se levantó pálido y crispado, y saludando á la joven, le dijo sin más preámbulos:

—Ruego á usted me excuse, señora. Tengo que hacer en casa.

Y después de una seca inclinación de cabeza á Leotardy se dirigió á la puerta.

Silvia que fué á acompañarle murmuró á media voz:

—¿Pero qué tiene usted?

El Coronel respondió con frialdad:

—Absolutamente nada señora.

Y se ausentó sin dignarse volver la cara, y por eso no vió como la señora le siguió con ojos en que se pintaba la sorpresa, pero en que se veía también algo de enternecimiento.

IV

—José!

—Mi Coronel!

—Te dije que quería comer temprano. ¿Por qué pues no está la mesa?

—Pero mi Coronel, no son más que las cinco y media y como mi Coronel no regresa sino después de las seis, pensaba yo que mi Coronel

—Basta ya de Coroneles! No me agradan réplicas: he dicho que quiero comer ¿entiendes? Bueno ¿y qué tienes tú que me estás mirando con esos ojos de pato espantado? ¿Por qué no te has ido ya á la cocina? Si sigues así te pongo de patitas en la calle ¿me has oído?

En tanto que José despavorido se dirigió á la cocina por el corredor, entró en su gabinete haciendo estallar las puertas, y al ver sobre la chimenea una estatuita de terracota, que le pareció tener una vaga semejanza con Leotardy, la estrelló contra el pavimento haciéndola mil pedazos.

Esta ejecución en efígie produjo brillante resultado pues alivió un poco los nervios del señor de Veraz y le puso en un estado de calma bastante para que, hundido en su gran sillón se pusiera á reflexionar haciendo su exámen de conciencia. Seguramente el descubrimiento que sobrevino con este exámen era muy grave, porque en el instante de entrar José á comunicar que la comida estaba lista, el Coronel se irguió de una pieza y encarándose con su ordenanza que no comprendía una jota de lo que estaba pasando gritó:

—Mil millones de centellas! se necesita ser muy animal para que á los cincuenta y siete años

Sin forjarse ilusión alguna, el señor de Veraz acababa de reconocer que estaba perdidamente enamorado de la viuda. El punzante dolor que le había herido al descubrir su intimidad con otro hombre, no le dejaba duda alguna sobre el estado real de su corazón, pues la amistad pura no conoce esos arrebatos espantosos de los celos. El Coronel sintió de pronto una oleada de ardiente cólera contra sí mismo y profunda humillación por su debilidad demasiado cierta. Llegar á esos extremos á su edad! ¡Cuando se creía ya al abrigo de las tempestades encallar contra el escollo evitado durante toda la vida y cuya existencia real hasta se llegó á negar!

Lo cierto es que si se hubiera querido probar al veterano que después de treinta y ocho años de servicio, ignoraba los principios de la equitación y el manejo de las armas, no habría sentido más sorpresa ni más indignación de los que experimentó al descubrir su amor.

En aquellos momentos aborrecía furiosamente á la señora de Letellier, tanto, que no podía consolarse de amarla. ¿Qué demonios había venido á hacer atravesándose en su camino y metiendo

el infierno en la tranquilidad que le daban sus árboles y sus libros? ¡Cuánta razón había tenido siempre al desconfiar de la mujer, que es el eterno enemigo de todo reposo, y cómo ahora se había entregado néciamente y sucumbía en el instante mismo en que se creía definitivamente vencedor!

Y veía muy claro que al presente todo el mal estaba ya hecho y que no quedaba remedio alguno. El mal! Al decirse á sí mismo esta palabra, probó el Coronel de improviso algo como el remordimiento de un blasfemo: le pareció que acababa de ultrajar á la más adorable de las divinidades; observó que corría por sus venas un calostro delicioso, una bocanada de calor dulce y vivificante subió á su corazón rejuvenecido; una languidez de éxtasis le humedeció los ojos; calló toda cólera, se desvaneció toda tristeza, desaparecieron los recuerdos de la vida real, y reclinado en su balcón en esta noche estrellada de Mayo, con las miradas errantes por las frondas plateadas al rayo de la luna, se perdió en los deliquios de jamás saboreada embriaguez y entonó su alma inmortal el himno del divino amor

Como haciéndole eco, un ruiseñor en los árboles vecinos desgranaba su cántico nocturno de vigilia y de voluptuosidad.

Más calmado al día siguiente pero no menos feliz, el señor de Veraz tomó una gran resolución: «puesto que había faltado á los principios de toda su vida cayendo enamorado, renegaría de ellos y les daría el golpe final casándose.»

El Coronel se había distinguido en la carrera militar por su espíritu resuelto y la prontitud con que ponía en ejecución el partido porque se decidiera, y fiel á estos antecedentes decidió sin tardanza que ese mismo día á la hora de su acostumbrada visita se presentaría á Silvia y con toda formalidad le pediría su mano.

Sin duda que entre nosotros, se decía el Coronel, hay bastante diferencia de edad y la cantidad de años que media me pone casi en ridículo, pero ella está madurada por el dolor y la experiencia, y yo tengo el corazón íntegro y joven puesto que nunca me había servido para nada. He aquí dilucidado el primer punto. Segundo punto, la fortuna: Silvia no tiene un céntimo y yo poseo alguna cosa, y como uno y otro tenemos inclinaciones modestas, y como en definitiva con mis rentas, mi sueldo y mi pensión de Comendador llego á quince mil francos anuales, con eso no tendremos las comodidades de un nabab pero no nos faltará lo esencial.

Compraré menos libros porque no me quedará mucho tiempo para leer Acaso se ría un poco la gente viendo que se casa con tan linda joven un viejo Coronel retirado, pero desafío á los risueños para que me vengan á buscar! Todo irá bien. Ella no tiene parientes ni yo tampoco con excepción de Jacobo, pero éste quedará encantado al encontrarse con una prima tan hermosa sin que le preocupe la pérdida de mi herencia porque es más rico que yo. Verdaderamente no descubro grandes obstáculos. Silvia no dará ya más lecciones de música ni tocará el piano más que para mí.

Esto es natural. ¿Pero le convendrán mis proposiciones? ¿Y por qué no? Todos los días repite que su corazón está libre; y por linda que sea, los maridos no abundan en torno de una mujer que tiene por única dote su hermosura.

No es de dudarse que ella me demuestra una simpatía poco común, y bien cercana de más tiernos sentimientos.

Pero ¿y Leotardy? Veamos, veamos. Pues quedará de amigo, con la condición de que si alguna vez vuelve á besarla como lo hizo ayer, le divido en canal!

A esto llegaba de sus reflexiones el Coronel y aun conservaba en el entrecejo las contracciones que le causó la última, cuando se sobresaltó al ruido de la campanilla tirada con mano enérgica; y aun no había tenido tiempo de formarse ideas respecto de esta visita inoportuna, cuando Silvia, fresca y riante penetró en el salón.

—Soy yo, yo misma amigo mio, exclamó alegremente viendo el aspecto azorado de su huésped y tendiéndole las dos manos, y he venido á saludar á usted y á darle mis excusas anticipadas porque esta tarde no voy á esperar su visita á la hora de costumbre.

(Concluirá.)

PAGINAS DE LA MODA



Fig. 1.- Traje de otoño.



Fig. 2.—Traje parisense de calle.

Lectura para las damas

LA VIUDA DE MICHELET

Todavía existe, retirada del bullicioso París y en medio de los recuerdos del maestro, que conserva como una sacerdotisa, en la misma habitación—santuario en que él había pasado gran parte de su vida.

Allí ha sido ahora visitada por Adolfo Brisson, que nos refiere la interesante conversación que ambos sostuvieron.

Madame Michelet ocupa en la calle de Assas el mismo piso que ya habían hecho célebre las reuniones quincenales íntimas y amigables, donde reunía su marido á lo más selecto de los pensadores franceses.

Todo conserva aún el aspecto anticuado, el gusto de aquel tiempo, y parece que el grande hombre va á presentarse de pronto entre aquellos cuadros, aquellos muebles, época Luis Felipe, y á sentarse en la mesa de trabajo.

La calle es silenciosa, la habitación retirada, como viene á un artista ó un sabio; se respira allí el ambiente de una grandeza serena y el perfume de gratísimos y gloriosos recuerdos de un pasado que aún tiene algo de presente.

En medio de este marco apareció la figura que más lo embellece.

Es admirable, dice el cronista parisense, la semejanza entre el rostro de aquella mujer y el de Michelet. Sea esto obra de la naturaleza ó de cuidadoso intento, de cierta coquetería, ello es que los dos se parecen.

Ella tiene los cabellos completamente blancos y no los lleva trenzados, sino libres y flotantes al rededor de su cabeza, formando los bucles una especie de aureola que contribuye á virilizar los rasgos de la fisonomía. Una expresión de bondad atempera al mismo tiempo este aspecto y armoniza su conjunto.

La mirada es un tanto velada, la boca tiene cierta expresión de melancolía cuando no se dibuja en ella una sonrisa. Madame Michelet es de origen meridional, y no ha perdido ni el acento ni el humor de su país; cuando habla es grave y reposada, pero no sin cierta agudeza, con sus toques de graciosa ironía. Se ve que su belleza ha sido tan notable como nos refieren los que la vieron en su esplendor y que conserva la gracia y el encanto que siempre la rodearon.

—Dispensadme—dijo al presentarse, con los ojos humedecidos por las lágrimas y sentándose en un diván—los preparativos de estas fiestas en honor de mi esposo, me emocionan mucho ¡y despiertan en mí tantos recuerdos! Me parece que van á celebrarse de nuevo sus funerales.

—Vengo, señora, á hablaros de él.

Enjugóse la dama sus ojos, y durante largo rato la conversación versó acerca del grande hombre. Expresábase la viuda con elocuencia y vivacidad incomparables.

—Hace ya veinticuatro años que le he perdido, y ni un momento dejo de tenerlo presente, vive con su pensamiento, y todo me le recuerda. . . . Cuando nos

casamos, era empleado en la dirección de los Archivos Nacionales, tenía una cátedra en el Colegio de Francia, y reunía los materiales de su *Historia de la Revolución*.

Necesariamente debíamos vivir con mucho orden para tanto trabajo. Se levantaba él cuando amanecía, y estaba escribiendo hasta la hora del almuerzo; eran las horas sagradas que nada debía turbar; yo le vigilaba cuidadosamente, porque él no era de esos obreros de las letras extrañas á su producción; entregaba todo entero á su obra, la sentía, la vivía. "Escribo—decía—con mi corazón" y cuando suspendía su trabajo quedaba muy excitado. Poco á poco iba calmándose, almorzábamos, y salía en dirección á su archivo paseando antes un poco por las calles de este París tan querido.

A las cuatro volvía. Era necesario que me encontrara aquí; mi ausencia le producía tan mala impresión, que un día escribió sobre un papel de su mesa: "¿i no puedo estar sin ella un cuarto de hora ¿qué será en el tiempo infinito en que no la tendré conmigo?"

La tarde la pasaba en sencillas distracciones. Venía tal cual amigo ó discípulo á consultarle, á hablar con él y oírle leer lo último que había escrito, porque él consultaba con todos. Por este gabinete han pasado Renán, que venía mucho, Taine, Lamartine, Beranger, Thiers, Edgar Quinet, todas las glorias de la Francia liberal y también la generación nueva. Nuestras reuniones quincenales no eran ceremoniosas. El carecía de ese orgulloso estiramiento insoportable en que suelen dar las notabilidades; en vez de estar separados los hombres de las mujeres, éstas junto al piano, aquellos rodeando al dueño de la casa en sitio aparte, donde pudieran fumar y decir mil atrocidades mientras las damas destrozaban al próximo, hablando al mismo tiempo de modas, la conversación era aquí única y general. Cred que la separación de sexos ha matado el espíritu en las conversaciones. . . .

No mucho tiempo después de casados, el Imperio quitó á mi esposo los dos recursos de ganarse nuestra vida. La cátedra de moral y de historia y el destino en los archivos; era la venganza de la reacción.

Yo, caballero, no tenía patrimonio ni dote, y fué necesario reducirnos, salir de París y habitar cerca de Nantes en un rincón ignorado, una casita con su jardín de cierto comerciante que, muy entusiasmado con albergar al *maestro* no quería cobrarnos el alquiler. Allí concluyó su *Historia de la Revolución* y escribió alguno de sus libros que tanto éxito han merecido.

—¿Es cierto que vos, señora, habeis escrito *El Pájaro*, esa obrita bellísima tan querida por las almas sensibles?

—No hice más que ser colaboradora, como en otras. La idea, ciertamente, fué mía.

Había él quedado muy fatigado al terminar la *Historia*, y sabiendo yo que no podía estar ocioso, busqué un trabajo sencillo que le distrajera. Los pajaritos, que nos deleitaban cantando sobre nuestros árboles del jardín, me sugirieron la idea que le comunicué: él escribía, yo aglomeraba los materiales y consultando obras de historia natural, anotando datos, ideas. . . .



Fig. 4.—Traje de paseo.



Fig. 3.—Traje de calle. Ultima novedad.

¡Qué recuerdos, caballero, qué recuerdos! El año que viene hará medio siglo que nos casamos. Ahí tengo sus cartas de novio; puede leerlas todo el mundo; las leeréis vos; ya veis—añadió, al terminar la conversación, que iba tomando cierto tinte de tristeza;—ya veis que empezó para él lo que un día había llamado el tiempo infinito, que estaría lejos de mí. . . . ¡Ah, yo le temía tanto como él, pero todo llega al fin! Dios así lo quiere. . . .

Exotismos parisenses.

Las desocupadas de París son las reinas de la coquetería; ellas imponen la moda, ellas inventan la belleza.

Por eso una parisense, muy preocupada en engañar al pobre mundo, ha encontrado una nueva aplicación de la geringuilla Pravaz.

Se acabó la morfomanía, pasó de moda la inyección del soporífero alcaloide, y hoy las elegantes se inyectan bajo la piel los más exquisitos perfumes que dan á las Evas del paraíso parisense el aroma y la falaz apariencia de la rosa, de la violeta y de la tuberosa viviente.

Otra colaboradora de la belleza ha imaginado un aparato para fabricar esos hoyitos coquetones y tentadores que tanta gracia dan á una mejilla, ese hoyito que llamaba Henri Heine en su *Intermezzo* la cuna de Cupido.

Hay que sufrir para ser hermosa, como hay que padecer por ser fea.

Las antiguas cortesanas sabían ya lo mucho que costaba el asegurarse todas las gracias y la primera que, por parecer la que no era, se resignó á ponerse en la cara durante la noche la carne fresca de ternera, aquella era una heroína.

Pero por muy advertidos que estemos sobre los espedientes de la química y por muy dulce excepticismo que pongamos en la celebración del milagro de la belleza; estas divulgaciones nos desencantan y nos hacen mirar con lástima todo aquello que debiéramos adorar.

Las pobres mujeres que hacen tantas maravillas, que leen ansiosas la cuarta página de las revistas de moda, que sufren mil privaciones por procurarse una pomada ó un elixir, esas mujeres se consideran recompensadas si consiguen un rasgo de belleza.

Una vez que han conseguido poner sus cabellos á la moda, cuando han estudiado una sonrisa, estrado una arruga y cuando han triturado deliciosamente el artificio, entonces podrán considerarse dignas de cualquier mentecato ó de cualquier insolente.

Pero en ese lote tan encantador no encontraremos ni una siquiera que se preocupe de lo más esencial.

Cloé, hermosa y poeta, hacia su rostro bello; pero no sus versos.

Las Cloé de hoy embellecen su cara, pero no hermosean su corazón.



Fig. 5.—Grupo de sombreros.

LA CIENCIA Y EL HOGAR

EL CALDO

Polin y Labit dicen del caldo: No queremos perder el tiempo en los debates que ha motivado el valor de la carne hervida, pues todo el mundo reconoce hoy que este deplorable modo de utilización de la carne no resulta compensado por el valor del caldo, con sus 16 partes p^o de materia orgánica no proteica. Estamos conformes con ver en el caldo un peptógeno y que en este sentido permite atiborrar los órganos digestivos con una gran cantidad de pan, pero fuera de esta utilidad efectiva y real, conveniente para algunos estómagos que necesitan semejante repleción, no ofrece otra alguna de verdadera importancia. Por esta razón, sólo empleamos el caldo á título de estimulante del estómago, de alimento de lujo que puede usarse útilmente al principio de las comidas y como medio de abastecer la economía de cierta cantidad de sales, principalmente del fosfato de cal de las partes óseas.

Nos llama la atención que estos ilustrados facultativos, omitan que el fosfato de cal de las partes óseas es insoluble en el agua y que en caso de obtener un fosfato sería el que se encuentra en la sangre, disuelto á favor del ácido carbónico, ó el que entra en la composición de toda célula. Es verdad que el fosfato de cal se elimina por las orinas, pero es al estado de fosfato ácido ó monocálcico, que de las tres especies de fosfatos de cal es el único soluble en el agua.



Fig. 6.—Traje de nansú para calle.

PROCEDIMIENTO PARA CONOCER SI UN ARBOL ESTÁ SANO Ó PODRIDO.

Dice una revista técnica que á fin de evitar las disputas que á menudo sobrevienen entre el vendedor y el comprador, cuando el árbol vendido como sano está podrido, se recomienda el siguiente procedimiento: el vendedor y el comprador, acompañados de testigos, se trasladan al bosque; uno de ellos aplicará fuertemente el oído contra un extremo del tronco, mientras el otro golpea en el extremo con la cabeza de un clavo. Si el árbol es bueno, la persona que escucha en un extremo percibirá distintamente el golpe pegado en el otro; si, por el contrario, el árbol está averiado, el sonido no se transmitirá por interceptarlo la podredumbre.

Definiciones.

- ¿Qué es un médico?
Un hombre que hace reir á la muerte.
- ¿Qué es un escribanó?
Un hombre que tiene patente para ser creído.
- ¿Qué es un maestro de escuela?
Un hombre que, para ciertos gobiernos, pertenece á la familia del camaleón.
- ¿Qué es un procurador?
Un hombre que está encargado de darle fuego á la mecha.
- ¿Qué es un banquero?
Un hombre destinado á recibir sonrisas mientras no quiebre.
- ¿Qué es un comerciante?
Un hombre que tiene fijadas las miradas en las necesidades de los demás.
- ¿Qué es un poeta?
Un hombre que no tiene una peseta en el bolsillo y se cree más rico que Crespo.
- ¿Qué es un cochero de alquiler?
Un hombre que le da "cuero" al caballo que lo mantiene.
- ¿Qué es un cajista?
Un hombre insoponible cuando está pidiendo "material."
- ¿Qué es un barbero?
Un hombre que inspira gran confianza á los demás.
- ¿Qué es un boticario?
Un hombre que ha descubierto la piedra filosofal.
- ¿Qué es un gacetillero?
Un hombre que tiene rabia cuando no hay asunto de qué tratar.



Fig. 9.—Toqueta frivolina.

Modas parisienses.

Una de las características de la moda actual es la de adoptar una multitud de fantasías y no abandonar casi ninguna.

Por esto seríanos muy difícil decir algo de todo lo que constituye la elegancia femenina.

Al lado de cosas que datan de ayer, vemos otras que son ya muy antiguas y que, sin embargo siguen estando á la moda y son muy apreciadas.

Esto sucede, por ejemplo, con la blusa que, después de tres años de existencia, cada vez se lleva más.

Hácese mucho en seda escocesa ó pekinada, con fruncidos y con canesú de diferente color.

En este caso la falda será de pañetel ligero color azul porcelana ó zafiro unido.

También suelen adornarse las faldas y las blusas con cuti ó piqué blanco, sobre todo si se trata de una blusa color rosa ó azul. Las mangas se llevan estrechas.

Con estas faldas se lleva el sombrero llamado capeline hecho con paja de Italia y con las alas un tanto inclinadas por delante.

Las corbatas á la moda no son tan grandes como eran antes y parece haberse adoptado la fría corrección del cuello y la corbata masculinos.

Se llevan mucho los cha'ecos bajo las elegantes chaquetas de sastre.

La forma del chaleco es Luis XVI y se hacen de seda con rayados verticales.

Estos chalecos sientan muy bien con toda clase de faldas.



Fig. 7.—Sombrero polar.



Fig. 8.—Sombrero Colombina.



Fig. 10.—Toilette para carreras.

DECALOGO HIGIENICO.

"Los periódicos higiénicos de Lóndres no cesan de predicar al público que siga sus laudables preceptos. Para disminuir «en una mitad», dicen, la mortalidad, bastaría con observar el siguiente decálogo higiénico:

- 1° Limitar el consumo de la carne, proscribiendo por completo la de puerco.
 - 2° Substituir el pan blanco de harina por el de harina de trigo molido con cáscara. Este precepto ha obtenido tanta aceptación, que al paso que va aumentando el desarrollo de la venta de pan de esta clase, se puede dar por desterrada la costumbre de comer pan blanco.
 - 3° Comer de postre mucha fruta madura, lo más recién cogida posible.
 - 4° No desayunarse con café ni té puro, sino con cacao ó una ligera infusión de té.
 - 5° Dar á los niños, al levantarse, una taza de caldo de harina de avena bien cocida y mezclada con leche hervida también, pues la leche sin cocer es difícil de digerir y de asimilarse con alimento.
 - 6° Reducir á lo estrictamente necesario toda bebida alcohólica, y mejorar más aún, suprimirla por completo si es posible.
 - 7° Desnudarse por completo al acostarse, quitándose cuántas prendas se han llevado puestas durante el día, volverlas al revés y sacudirlas y colgarlas.
 - 8° Quitarse, al levantarse, la ropa con que se ha dormido, volviéndola también al revés y colgándola cerca de una ventana abierta.
 - 9° Lavarse todos los días, si no es posible bañarse con agua fría ó templada, frotándose con un cepillo ó esponja y jabón ordinario.
 - 10° No dejar de abrir la ventana del cuarto de dormir.
- Así como el pan moreno ha sido recibido con favor increíble, la supresión de las bebidas alcohólicas y carne de puerco encuentran viva resistencia, porque contraría hábitos arraigados desde muy antiguo é intereses que saldrían perjudicados con la reforma.

Nuestros Grabados.

FIG. 1.—TRAJE DE OTOÑO.

Este traje muestra ya las fantasías reinantes que la moda nos promete para la estación que se inicia. Es de escosés de seda, sin tramos de colores, alternado con bandas blancas, que bordean la falda y ascienden por ella formándole una elegante ala y que en el jaquet, muy ajustado, forman sencillos galones y dos especies de jockeys en las mangas. Cuello americano. Corbata de muselina de seda oscura.

FIG. 2.—TRAJE PARISIENSE DE CALLE.

Es de tafetán clavel, con aplicación completa de blonda blanca en bandas y dibujos, dejando en el frente de la falda un elegante tablero sin bandas, de mucho gusto. Cuerpo-blusa abierto sobre un plissé de muselina de seda lleno de fruncidos en bandas horizontales y mostrando un plastroncito ligeramente plissé.

FIG. 3.—TRAJE DE CALLE, ÚLTIMA NOVEDAD.

Es de satín hoja seca con plena aplicación de punto de Venecia dibujado de bandas y rosetones. Cuerpo-blusa abierto sobre un elegante *ruche* de muselina de seda blanca avolantada.

FIG. 4.—TRAJE DE PASEO.

Es de foulard de satín azul oscuro, con gran aplicación de muselina de seda, ornada de galones en la falda. En el cuerpo, la muselina forma una elegante capelina alternada con encaje blanco y ligeros fruncidos en un plastroncito que rodea el cuello.

FIG. 5.—GRUPO DE SOMBREROS.

Damos tres modelos de los que se hallan más en boga en la actualidad. El primero es de paja de Francia con sencilla aplicación de muselina y dos plumas. El segundo tiene unas hermosas alas de paloma empinándolo graciosamente. El tercero es de una admirable sencillez. Dos plumas de avestruz forman el frente, uniéndose en un broche chifoné de raso.

FIG. 6.—TRAJE DE NANSÚ PARA CALLE.

Es de una gran elegancia. Sobre un frente plissé á grandes pliegues un casacón bordado, cortado en ángulos y orlado, así como la falda de guías hechas de finos fruncidos. Dos presillas unidas por medio de dos hebillas, atan las alas de la casaca.

FIG. 7.—SOMBRERO POLAR.

Sombrero para señorita de un aspecto muy parisiense. En paja azul, guardado de alas azules de dos tonos, la una clara, la otra más oscura y de dos plumas de avestruz igualmente azul. La una acostada sobre el borde de la falda, á la izquierda; la otra rígida en medio del delantero, fijada en un enorme pliegue de satín antiguo azulado.

FIG. 8.—SOMBRERO COLOMBINA.

Sombrero para señorita, en paja de arroz blanca, levantado hacia adelante. Calota rodeada de una corona de rosas blancas. Sobre la parte de la falda levantada, una paloma blanca cuya cabecita toca los cabellos con cola de paraíso blanco y pligie de moir blanco á la izquierda de la paloma, cerca de los cabellos.

FIG. 9.—TOQUETA FRIVOLINA.

Toqueta de dama de edad mediana, toda de tul negro drapeado y levantado á la izquierda con un manojo de jacintos rosas de muchos tonos, acompañados de un penacho de follajes surtidos. Un poco mas hacia atrás chifoneado de tul malinas negro.

FIG. 10.—TOILETE PARA CARRERAS.

Es de granadina azul, sobre trasparente de tafetán malva. La falda tallada de una sola pieza está ornada de tres grupos de pliegues bordados. El cuerpo y las mangas están ornados de los mismos pliegues pero en diagonal. El delantero del corpiño se abre sobre un pequeño plastrón bordado. Toqueta de paja ornada de plumas malvas y de un fruncido de tafetán azul.

FIG. 11.—TRAJE PARA CARRUAJE.

Gran paca de sarga blanca, redondeada delante y cerrada de lado por tres presillas muy simples. Gran cuello redondo, ornado como los bordes de la capa de cinta de seda. Forro de surah de color. Sombrero *canotier* en paja de trigo, ornado de rosas y de dos alas cambiantes.

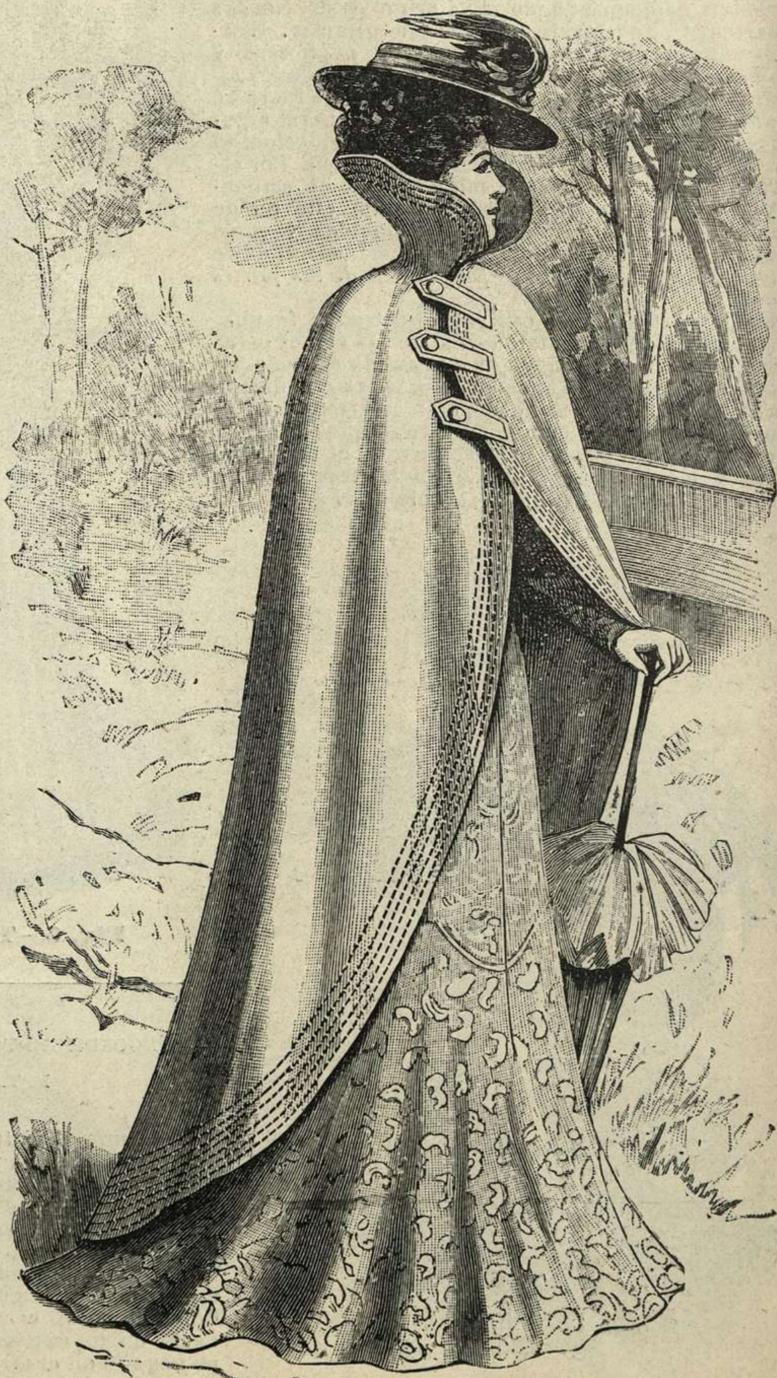


Fig. 11.—Traje para carruaje.